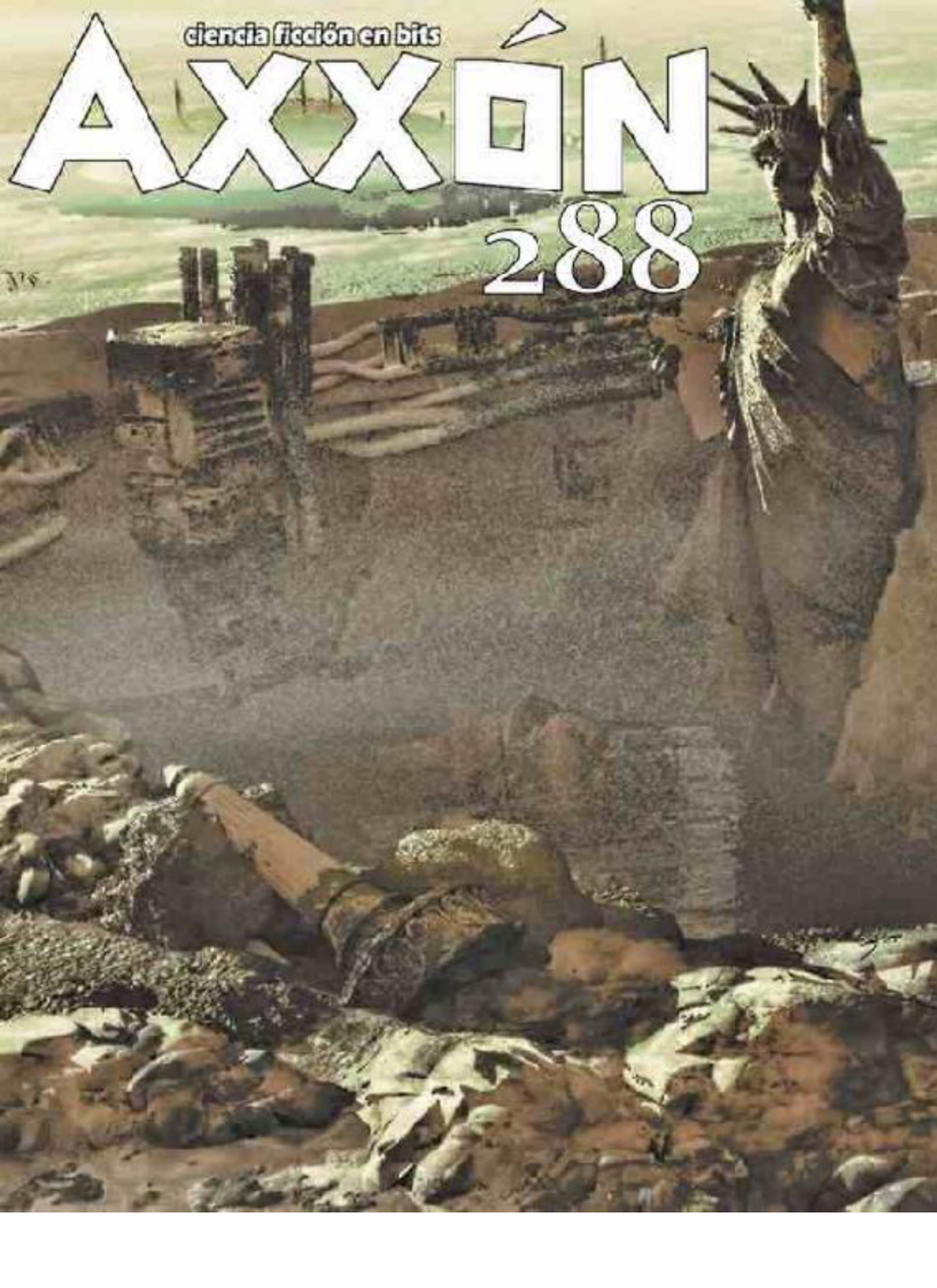

ciencia ficción en bits
AXXÓN
288

Axxón 288, febrero de 2019

Impulso

Isabel Santos

 **ARGENTINA**

> *“No hemos nacido con un propósito, sino con potencial”.*
>
> *—Octavia Butler*

Hacía días que no tenía trabajo.

Seguía con mis rutinas de estiramiento y ensayo esperando que me llegara algún pedido.

El timbre me encontró en la cocina haciéndome mi licuado de naranja, frutilla y banana.

Recibí la encomienda con desconfianza. Era de un cliente desconocido. Sin duda sería algún recomendado que se había arriesgado a enviarme el pedido a domicilio.

Abrí la caja y miré la nota y, al leerla, sentí un dolor en mi viejo esguince.

La nota decía:

Bailarina de cincuenta años, vestida de perrita caniche, para baile gracioso.



Ilustración: Pedro Bel

Esas dos palabras: “cincuenta años” eran una sentencia clara. Y unidas a las otras dos: “baile gracioso” parecían una prueba irrefutable de que mi carrera estaba terminada.

Después de los cincuenta te piden poco. O quizás, demasiado.

Cuando era una bailarina de flamenco de primera calidad, la orden de pedido venía en una carpeta de más de cien hojas. Sabía que tendría días y días de ensayo.

Hojas y hojas con especificaciones sobre la música, el cante, la cantidad de giros, zapateos a tiempo y a contratiempo, estilos de aire de brazos en el marcaje, caras, poses, desplantes.

Cada segundo era un desafío para mi creatividad y mi esencia.

Ahora el comprador de mi baile se tomaba las atribuciones de ofrecerme libertad con esas dos palabras: baile gracioso.

No quería darme por vencida y miré otra vez adentro de la caja.

Había un vestido y una máscara.

Colgué el diminuto vestido en una percha y la percha en la manija de la ventana de mi cuarto. Me alejé unos pasos, miré, y sentí en la boca del estómago el ácido de mi amargura.

Saqué la máscara de caniche, me la puse, y fui a mirarme al espejo del baño. Vi que los rulos blancos de la máscara perrito eran iguales a los míos, que sobresalían por debajo de la goma intentando mostrarse.

Mis rulos intentaban seguir siendo libres aprisionados dentro de esa ridícula máscara.

Entonces al verme tan indefensa, reí a carcajadas. Tenía que reírme de mi desgracia.

¿Podría soportar el tirón de caer hasta el peldaño más bajo?

Y supuse, sin darme cuenta, que solo podía generar la fuerza de un impulso, nunca podría soportar el tirón de una caída desde tanta altura.

Entonces imprimí mi curriculum completo: 50 páginas.

Y le agregué la lista de mis ventas. Todo el archivo. Todo el trabajo que había vendido. Lo imprimí en orden ascendente. Para que al final del documento impreso quedaran las ganancias más importantes de toda mi carrera: los bailes más cotizados.

Me costó que entraran todos los papeles adentro de la cajita del pedido.

En un rinconcito puse la notita diminuta hecha un bollo. No sin antes tachar, hasta casi romper el papel, las dos palabritas: baile gracioso.

Y en su lugar, arriba de todo el papelerío sobre mis referencias, puse una carta que escribí de mi puño y letra. Para explicar el nuevo contenido

de la caja que le iba a reenviar a mi cliente.

La carta decía:

Señor cliente:

Quizás usted no me conoce. Obviamente, no me conoce.

Por eso le envío mi curriculum completo.

Sin embargo, no es necesario que recapacite e intente reenviarme el pedido con mayor detalle y exigencia. He decidido retirarme de la actividad.

Le comunico que si usted está buscando entretenimiento tendría que contratar a bailarinas que no sean profesionales. Las bailarinas, aunque seamos mayores, no dejamos de ser bailarinas profesionales cuando envejecemos.

Igualmente le agradezco su compra, aunque no estoy dispuesta a venderle mi trabajo. Y como su pedido será el último de mi carrera, le adjunto todo lo que hice y vendí hasta ahora. Para que le quede de recuerdo.

Si bajé los precios de mis trabajos, no fue porque ahora soy una mala bailarina, o porque me puse tonta por cumplir años. Lo hice porque tardo más que otras bailarinas en crear mis coreografías. Se imaginará que dado la cantidad de recursos con los que cuento, tengo más exigencias conmigo misma a la hora de imaginar una creación artística.

Los años no bajan la calidad, suman identidad. Y eso es todo lo que necesita una artista para transmitir algo valioso.

Atentamente.

Sofía de las Camelias.

Después de leerla varias veces y ponerla y sacarla de la caja, escribí otra nota en un pequeño papelito.

El papelito decía:

¡Metete la coreo graciosa del caniche en el culo!

Saque de la caja el curriculum y el archivo de las ventas.

Los puse todos en un biblioratο, que apoyé como si fuera un libro, sobre la repisa de los ganchos de flores y los peinetones.

Me guardé la orden de pedido toda abollada y tachada.

La emprolijé lo mejor que pude y me prometí ponerla en un portarretrato. Sería como el símbolo del contraste que necesitaba para salir de ese momento de mi vida: la imagen de lo gracioso que resulta darse cuenta que un suceso puede tener la fuerza de aniquilar a todos los demás.

Si pudiera sacarle esa fuerza negativa y reírme, descomprimiría la bronca y dejaría el vacío para juntar otra fuerza. Una fuerza que me impulsara hacia cualquier primer paso, en cualquier otro camino.

¿Podría encontrar otra fuerza capaz de darle un nuevo sentido a mi vida?

Miré el reloj: las cuatro.

Automáticamente, y como siempre a esa hora, tuve ganas de pedir una merienda.

Para defenderme de esa tentación, siempre hacía ejercicios de estiramiento. Calculaba rutinas de una hora para poder saltear la merienda. Tenía que cuidar la línea.

Ese día, de repente me di cuenta que ya no tenía trabajo. No era necesario estar tan obsesiva con el cuerpo. Respiré tranquila. Pero sentí miedo. Pánico, en realidad. No podía dejar de trabajar. ¿De qué iba a vivir?

Miré la cuenta de créditos. Para mi alivio, tenía bastantes.

Mi estómago habló para que yo me decidiera.

Armé el pedido y lo puse en la red.

Meriendas:

Torta.

Diámetro: 15 cm.

Altura: 10 cm.

Ingredientes: almendras acarameladas, crema pastelera, manzanas, dulce de leche, azúcar negra.

Bizcochuelo: de avena, harina, azúcar, margarina. (Tipo crumble)

Cubierta: de crema chantillí.

Decoración: un círculo hecho con 4 (cuatro) gajos de duraznos en almíbar, en el centro. Rodearlo por 8 (ocho) gajos de duraznos que salgan del centro del círculo formando rayos. Que parezca un sol. Tener en cuenta que los gajos de los rayos del sol sean más angostos que los cuatro que formen el centro.

El buscador me dio una sola opción. ¿Un solo proveedor que coincida con mi búsqueda?, pensé. ¿Qué raro?

Me dio escalofríos. Nunca me había pasado.

Una de mis tantas abuelas cocinaba esa merienda y siempre me decía que nadie comía almendras con crema pastelera. Nadie pediría esa merienda.

¿Sería ella una proveedora de meriendas? ¿Habría cambiado de trabajo? Imposible.

¿Sería alguien que habría compartido esa abuela conmigo y le copió la receta?

Estiré el gasto una categoría, y ya con la baba en la boca, elegí la opción: cocino en tu casa. Tenía que conocer a esa proveedora.

El precio era muy justo para incluir dos horas de compañía. La contraté.

Esperé ansiosa.

La mujer llegaría en dos horas.

Ordené la cocina.

Por suerte, el horno funcionaba. Nunca lo había usado. Decoraba el ambiente, igual que las ollas colgadas.

Cuando sonó el timbre me saltó el corazón. Sentí alegría, miedo, curiosidad.

Como no podía hablar sin que se notara todo eso, no dije ni una palabra. Abrí directamente la puerta principal de la vivienda del barrio. Tendría 15 minutos más para relajarme mientras la proveedora llegaba a la puerta de mi vivienda.

Respiré profundo, estiré los brazos hacia arriba, los bajé con fuerza, intenté tocar el piso y dejar ahí todas las sensaciones que sobraban.

Abrí la puerta.

—Buenas tardes, soy Berta, le dejo mi tarjeta por si quiere volver a comprarme.

La mujer se movía por mi vivienda con soltura. Aprovechando cada segundo para publicitar sus meriendas. Hablaba sin parar, por suerte.

Tomé la tarjeta y seguí muda. No podía decir ni una palabra. Hacía mucho tiempo que no hablaba con nadie.

Observaba a la mujer con curiosidad. Era muy ágil a pesar de tener exceso de peso.

Entró a la cocina con las cajas de los ingredientes. Miró los utensilios que yo tenía, sacó algunos más de las cajas y se puso a trabajar en la torta.

No era mi abuela, y por la edad que parecía tener, podríamos haber sido vendidas como hijas casi al mismo tiempo. Esa intriga me hizo preguntar.

—¿Cuál es tu edad? —Así en seco, le hice la pregunta que menos tenía que ver con la merienda.

—Cincuenta. —Ella también me contestó cortante. Y agregó—: Tengo experiencia.

Lo dijo con orgullo, igual que yo se lo había dicho a mi cliente. Y esa actitud me dio empatía. Sentí que podía aprovechar las dos horas para conversar con la mujer.

Intenté ir directo al grano.

—¿De dónde sacaste la receta? ¿La torta que te pedí es rara, no?

—No. Casi todas las abuelas piden soles en la decoración. ¿Compraste horas con una nieta o con un nieto?

Me puse roja de la vergüenza. No supe que contestar. No le iba a decir que era para mí. Tomé una almendra acaramelada para disimular el silencio, y solo con tocarla y sentir el pegote del dulce en los dedos, fui feliz.

Comí la almendra despacio, saboreando y masticando prolijamente cada pedazo. Para mezclarlo con el caramelo y llevar ese dulzor a mi cuerpo que tanto extrañaba las almendras acarameladas.

Recompuesta, volví a la charla. No quería perder un segundo.

—La compré para mí, Berta.

—¿Toda? —Hizo un gesto rodeando los ingredientes que todavía estaban sobre la mesada. Había traído el bizcochuelo y hasta tenía las manzanas listas: horneadas y con azúcar.

Cuando le vi la cara de sorprendida, me escuché decirle.

—Me quedé sin trabajo.

Y lloré sin querer. Sin haber sabido que iba a llorar. Sin darme cuenta de que estaba llorando.

La mujer dejó de revolver la olla de la crema pastelera y corrió a buscar un pañuelo. Creí que era para mí, pero era para ella. Estaba llorando, igual que yo.

—¡Me quedé sin nieta! Gritaba y lloraba.

Después de un rato se quedó con la cuchara inmóvil en la mano. Con la mirada perdida. Hasta que volvió en sí cuando escuchamos que la olla hacía ruido y sentimos un horrible olor a quemado.

—Disculpe, señora. La torta ya no puede ir con crema pastelera. ¡Qué horror! Nunca me había pasado. Le devuelvo los créditos.

—No se preocupe. Hágala igual, pero sin la crema pastelera.

—Siempre me pasa.

Y yo pensé que estaba hablando de la crema pastelera, pero no.

Siguió diciendo.

—Me encariño con las personas. Fui diecisiete años la abuela de Mili. Diecisiete años comprando la misma nieta. Pero mi Mili ya no está disponible para la venta. Ya es mayor de edad. Ya cumplió los diecisiete.

Y siguió hablando.

Y tuve que escuchar.

Pobre mujer. Estaba peor que yo.

—¿Usted sabe quién la compró a usted para que naciera, Sofía?

Y sin esperar mi respuesta, me contó que ella lo sabía porque había tenido la misma madre los diecisiete años. ¡Y la misma abuela!

Siguió justificando su apego explicándome que por eso ella había comprado horas hija y nieta, siempre con Mili.

Y disparó otra pregunta.

—¿Sofía, usted compró hijos alguna vez?

Y como era su costumbre al conversar, siguió hablando antes de que yo pudiera contestarle la pregunta.

—Yo investigo a mis clientes antes de aceptar un trabajo y sé que usted es una bailarina profesional de prestigio. Supongo que tiene los créditos suficientes para comprar un hijo.

Yo contesté con un gesto. Y cuando le iba a aclarar que tenía créditos pero que no había querido comprar un hijo, observé que estaba alejada, como ida.

Cortaba los duraznos muy lentamente. Hacía un gesto de dolor con la cara, como si cada corte fuera una herida. Me llamó la atención que los iba poniendo, uno tras otro, sobre una fuente.

Sentí que cada trozo eran años, horas, momentos, partes de recuerdos que la ponían triste.

Y yo también me dejé ir en esos pedazos.

Todos los recuerdos de una vida que nos daba a las dos el corte necesario para que cada una tuviera que vivir de esos recuerdos.

Su Mili, mi baile…

Y ella volvió del limbo antes que yo, y disparó.

—Nunca tuve créditos para comprar un hijo. Me conformé con las horas disponibles que tenía Mili. Fui comprando horas madre, al principio; y horas abuela, después, cuando yo cumplí los cuarenta. Y ya está, Mili ya no tendrá más horas disponibles. Tendré que conformarme y esperar a que ella me compre a mí, si quiere.

La torta ya estaba rellena y quedó el bizcochuelo pelado listo para decorar.

Llenó la parte de arriba de la torta con crema. Y la esparcía delicadamente. Demasiado lento. Pulía la superficie del círculo, hasta la más pequeña imperfección. Y, como si ese círculo fuera el escenario de su previa vida, comenzó a tallar surcos con los gajos de durazno.

Se alejó del plato de la torta, como yo me había alejado del vestido de caniche, y admiró la decoración. Era como una foto de su vida.

Yo sentí un impulso. Una necesidad de contener ese sol de durazno. De acompañar a esa mujer que estaba sufriendo, igual que yo.

Y sin saber muy bien qué hacía, clavé el cuchillo en el dulce de leche y le dije, mientras rodeaba el contorno de la torta con varias capas de dulce.

—Tenemos que buscar otros trabajos. Rodearnos de caminos que circulen alrededor del antiguo escenario, y sostenerlo intacto.

—¡No! —gritó Berta—. ¡No hay que sostenerlo! ¡Hay que soltarlo!

Y al decir eso, y aunque ella sonrió aliviada, yo pensé. Tiene razón. No es posible mantener el pasado intacto.

Después ella me miró con bronca y trató de sacar el dulce de leche que yo había pegado en el contorno de la torta.

—¿Hice lío, Berta?

—Perdón, Sofía. Pero la torta la decoro yo.

Se puso a trabajar en la merienda y dejó de hablar por un rato.

Cuando terminó, todavía faltaba media hora del tiempo de cocina acordado.

Creí que se iba a ir antes, porque se había enojado conmigo, pero me ofreció quedarse las dos horas completas.

—Le voy a enseñar a preparar la crema pastelera. ¿Tiene leche, huevos? Y siguió pidiendo cosas que por supuesto no tenía.

Hicimos un simulacro de cocción de crema pastelera y ella me dejó anotada la receta.

Conversamos un rato hasta agotar el tiempo que había comprado.

Me contó que ella siempre había trabajado de cocinera y con esos créditos, se daba el gusto de comprar horas madre y abuela.

Y me hizo un recuento de sus días de gloria. Cuando ocupaba la cúspide de los proveedores de meriendas. En esa época podía comprar muchas horas para estar con Mili.

—La carrera es así —dijo Berta. Y con el dedo en el aire, hizo un dibujo de una recta que asciende y luego desciende.

—El descenso es rápido —le aclaré yo. Y le conté mi amarga experiencia de la mañana.

—Tiene que empezar de cero en otra cosa, Sofía.

Miró las repisas de las flores y caminó por el comedor. Fue a los percheros donde tenía colgado mi vestuario. Y sacaba alguna percha para ver mejor algunos vestidos.

—No sé hacer otra cosa.

Me sinceré. Estaba perdida. No tenía la menor idea de lo que iba a hacer.

—Pruebe algo distinto. Por ahí no le gusta tanto como lo que hacía, pero…

—Sí, ya se. De algo hay que vivir.

Berta se quedó pensando mientras me explicaba cómo hacer para que la crema pastelera no tuviera grumos. Se había olvidado de lo más importante.

Hacía que revolvía el agua que había puesto en una olla. Me iba diciendo que movimientos tenía que hacer para que la crema no se pegara en el fondo.

Y como si se le iluminara la mente, me dijo.

—Le doy una idea. Mili va a ofrecerse como escritora de cuentos a pedido. ¿Por qué no se ofrece? Puede escribir cuentos sobre bailarinas. Es fácil que la contraten. Hay mucho trabajo. Todos compran cuentos.

—¿Qué? Es una locura. Nunca escribí cuentos.

—Es hermoso escribir. Mili me escribe cosas hermosas. Me escribía,

bah.

Dejó la olla y fue a buscar un papel a la cartera. Y lo leyó de corrido.

> *"Amo las meriendas, gracias a mi abuela. Es el momento del día que no puedo pasar por alto. Siempre que llegan las cuatro, pienso en mi abuela. La recuerdo empezando la ceremonia. Poniéndose el delantal, como si fuera una sotana y frotándose las manos, como si fuera a hacer un truco de magia".*

—Mili puso estos renglones en un cuento que escribió y me dijo que se inspiró en mis meriendas.

Y siguió hablando como si pensara en voz alta.

—Si no fuera proveedora de meriendas, sería escritora de cuentos.

Y siguió hablando.

—Pruebe, Sofía. Tómese un tiempito para practicar. Ofrézcase como novata. Le van a llover las propuestas. A Mili le pasó. Y ya ganó muchos créditos.

—Y, sí. Puede ser. Cualquier trabajo sirve. No puedo vivir del aire.

¿Podría imaginar un cuento?

Berta se fue y yo me quedé pensando.

Puse la torta sobre la mesa como si fuera el plato de la cena.

Me preparé un café y me hice una despedida. Un festejo íntimo.

La torta estaba exquisita a pesar de no tener la crema pastelera.

Estaba contenta y sin pensar demasiado, puse un aviso en la red ofreciéndome como escritora novata, esa misma noche.

Me fui a dormir.

A las cuatro de la mañana me despertó el sonido de aviso de pedido.

Automáticamente me puse los anteojos para ver que baile me compraban. Y reaccioné tarde cuando leí la orden:

Quiero un cuento que contenga todos éstos elementos:

1. *Que haya un baile improvisado en una playa y que sirva para que cuatro chicas decidan irse juntas a un concurso de baile.*

2. *Desarrollar los personajes de las cuatro chicas. Que ese concurso sea en Río de janeiro.*

3. *Describir un autómata que baile y compita en el concurso con ellas.*

4. *Investigar el origen del concurso y que sea importante en la trama.*

5. *Que las cuatro bailarinas se enamoren del organizador del concurso y*

que se genere un conflicto que termine con el asesinato del organizador.

Salté de la cama.

Y sentí que se me abría un mundo dentro de mi cabeza.

¿Tan fácil era conseguir otro trabajo? Pero ¿Cómo hacerlo? ¿Trabajo fácil? Berta estaba equivocada. Había hecho una locura.

Pero ya no podía dejar de imaginar cosas. Quería saber. Tenía que poder.

Me espabilé desayunando a las 5 de la mañana. No podía dormir más. Me serví un pedazo de torta para comer mientras tomaba café y buscaba información.

Volvió a sonar el aviso en la red.

¿Otro pedido?

Y así fue. En ese rubro sobraba el trabajo.

Quiero un cuento que contenga todos estos elementos:

1. *Crema pastelera: buscar la receta original y describir con detalles la preparación dentro de la trama.*

2. *Usar un símbolo que represente la relación entre dos personajes.*

3. *Ubicar al autor de ésta cita: "Hay algo enormemente poderoso en la*

habilidad de un niño de evitar lo fraudulento. Un niño tiene el ojo más claro, la mano más firme." Tiene que ser un personaje del cuento.

4. *Debe aparecer un personaje extraterrestre. Imaginarlo en base a silicio. Que sea un niño.*

Lo único que sabía, era como hacer la crema pastelera. Dudé. ¿Sería Berta que me estaba ofreciendo trabajo? Razoné que no.

Pensé que eran demasiadas cosas raras. Berta no podía haber inventado algo tan distinto a ella. ¿Podría hacerlo yo? Seguía dudando. Pero antes de que siguiera sonando el aviso sonoro de los pedidos, elegí escribir el cuento que hablara de la crema pastelera.

¡Es una señal!, pensé. Y el azar me ayudó a tomar la decisión.

El autor de la cita era un escritor: P. K. Dick. Lo supe no bien escribí la cita en el ordenador. La historia tendría entonces dos personajes: el niño extraterrestre y el escritor.

Antes de seguir averiguando sobre el pedido, me vendí como escritora al cliente. Pasaron dos minutos y me contestó la oferta.

Recibí más detalles.

El comprador se llamaba Vito. Lo quería terminado en un mes y me ofrecía un precio que acepté sin dudar para ir directo al trato.

Me llamó para conocerme y fue tan inmediato el llamado, que corrí al espejo para arreglarme un poco. Después me ubiqué frente al ordenador y conversamos.

Por suerte lo vi con ganas de comunicarse conmigo. Me ofreció la posibilidad de ir indagando más sobre los ítems, o simplemente conversar.

Sentí que estaba en el lugar indicado. Me dejé llevar por todo lo que me estaba pasando. Hasta me dieron ganas de salir de mi casa.

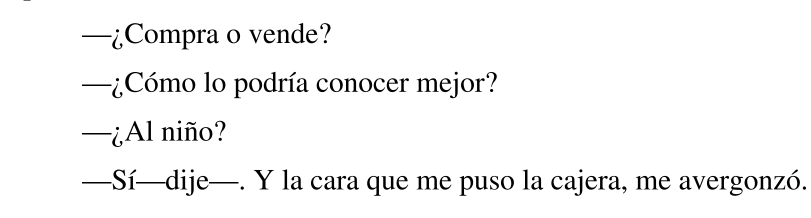
Para ir ganando experiencia bajé a la plaza de juegos de mi complejo de vivienda

Se me ocurrió ir a ver cómo podía hacer para conocer un niño.

Me puse una ropa cómoda por si tenía que jugar con alguno. Me peiné el flequillo para adelante para parecer más joven. Los rulos grises me tapaban la frente. Después me los peiné para atrás. Después me recogí el pelo con un rodete. Siempre que me miro al espejo me veo como una bailarina. No sabía cómo hacer para verme distinta.

Llegué a la boletería de la plaza y la cajera me ofreció todas las

posibilidades.



—¿Compra o vende?

—¿Cómo lo podría conocer mejor?

—¿Al niño?

—Sí—dije—. Y la cara que me puso la cajera, me avergonzó.

—Compre, entonces. Así hoy conoce alguno. El que compra elije. Hay cuatro niños disponibles. ¿Cuánto tiempo quiere comprar?

—¿Una hora?

—Por una hora tengo uno solo. El resto se ofrece por dos horas como mínimo.

—¿Cómo es la operatoria? ¿Dónde lo encuentro?

—Acá tiene su foto y sus datos de compra. Vaya a buscarlo con éste ticket. Se le descuenta del crédito, cuando lo devuelva.

Tomé el ticket con la foto del niño y crucé la puerta de la entrada a la plaza.

Miré los datos. El papel con la foto decía:

- Simón
- 5 años
- Apto solo para juegos en espacios verdes
- No comprarle la comida que venden en la plaza. Trae su propia comida.

Alcé la vista para observar la plaza. Había varios carteles indicadores:

- Espacios verdes.
- Juegos didácticos.
- Juegos en plaza seca.
- Niños/as.
- Sala de padres/Madres.
- Sala de abuelos/abuelas.
- Venta de comida.
- Venta de golosinas.

Fui directo a buscar a Simón. Golpeé la puerta: niños/niñas y salió una asistente. Me pidió el ticket. Se fue y volvió con Simón. Me lo entregó con una vianda de comida y me pidió puntualidad.

—En una hora lo devuelve— dijo la asistente.

Tomé al nene de la manito y lo llevé directamente a la puerta que decía: espacios verdes. Mientras caminábamos le pregunté su nombre para empezar una conversación.

Simón contestó su nombre y yo me quedé callada.

Cuando abrí la puerta, Simón salió corriendo hacia las hamacas y yo lo seguí.

El nene hizo un gesto para que yo lo subiera a la hamaca. Lo hice y como si se me lo agradeciera, me preguntó mi nombre.

Y a partir de ese momento Simón me llevó por toda la plaza.

—Sofía, subime al tobogán.

—Sofía, ponete en el subi-baja.

—Sofía, subime a la hamaca.

—Sofía, subime al tobogán.

—¡Sofía! —gritó la asistente—. ¿No vio la hora que es? La madre de Simón lo vino a buscar. Tiene que cumplir el horario. Está bien clarito en el ticket.

Y Simón salió corriendo y yo detrás. Y la madre de Simón apareció en la puerta y mirándolo de arriba abajo le pregunto al nene.

—¿Y la vianda?

Yo casi llegaba hasta ellos para alcanzársela. Se la entregué.

—Gracias Simón —dije.

—De nada —dijo el nene.

La madre lo arrastró del brazo y no dijo ni una palabra. Los tres salimos de la plaza. La cajera nos retuvo unos segundos. Para acreditarme el pago a mí y debitárselo a la madre de Simón.

Volví de la plaza con una mezcla de sensaciones. Estar con Simón me sobresaltó. Estuve preocupada. Cuidando que no se lastimara en los juegos. Tensa. Útil. Servicial. Pero Simón necesitaba otras cosas. Me pude dar cuenta.

Nuestro encuentro fugaz me dejo vacía. Me quedé sin energía. La gasté en la compra de su compañía y no estuve a la altura de las circunstancias: no sabía cómo acompañar a un niño. ¿Pagar? ¿Cobrar? ¿Se pude poner precio a la compañía?

El y yo éramos dos personas, dos ritmos que se habían encontrado.

Y allá se fue Simón. Y yo dejé pasar una oportunidad real de

acompañarlo.

¿Lo habré logrado con el baile?

Siempre pensé que la identidad que tenía, era algo. Y que sería algo, si podía compartirla en mis bailes. ¿Habré podido?

Necesitaba asegurarme que en ese momento, en esa segunda oportunidad que iba a tener al escribir un cuento, podría transmitirla. Tenía que poder compartir algo con alguien. Compartir lo que soy. Lo que nadie más que yo puede ser.

¿Se puede lograr con un baile a pedido? ¿Se puede lograr con un cuento a pedido?

Tantas veces intenté poner un giro de más, o un desplante en un contratiempo…

Eso era lo que mi cuerpo quería bailar. Y nunca lo hice. Todo ese sacrificio fue, muchas veces, por miedo a que rechazaran el pedido.

Todo eso no me tenía que volver a pasar. Tenía que desafiarme a mí misma. Escribir una historia, era mi segunda oportunidad de tener una identidad. Y arriesgarme a que rechazaran mis pedidos.

Me di cuenta que escribir iba a ser algo muy profundo y sustancial. Una segunda manera de intentar un nacimiento. Un renacimiento.

Tenía un mes para el primer intento de lograrlo.

Contaba con una estructura: cuatro puntos. Un compás marcado por Vito. El desafío era poder desplegar mi propio ritmo.

Quizás podría hacer una historia mínima. Necesitaba concentrarme en pocos detalles. Para no desplegar situaciones que se me fueran de las manos.

Se me ocurrió imaginar al niño como el único personaje. Como un escritor en el futuro, y al mismo tiempo, como un extraterrestre en el pasado de su niñez. Resumir. Dos personajes en uno: el niño extraterrestre y el escritor.

La forma en que ese niño extraterrestre se transformaría en el escritor P. K. Dick tendría que encontrarla en el símbolo que representara esa relación.

¿Y el silicio? ¿Cómo iba a hacer que un niño extraterrestre en base a silicio se transformara en un futuro escritor de carne y hueso?

Era un desafío lograr imaginar algo tan complicado de ensamblar.

¿Podría volcar la identidad, que ya no podía mostrar en el baile, en un

cuento?

Supuse que lo estaba haciendo: buscar una historia mínima, con pocos detalles, que nos se me fueran de las manos. ¿Eso era escribir un cuento para mí? ¿Tener el control? ¿Yo era así? ¿Yo quería seguir siendo así?

Berta podía ayudarme.

—Hola Berta necesito comunicarme con Mili—dije.

Y vi que ella no estaba en su vivienda como yo. Berta siempre estaba fuera de su vivienda.

—Yo la llamo—me contestó—. ¿Te decidiste a venderte como escritora? Preguntó adivinando. Y contestó la pregunta ella misma como hacía siempre y decidió que hacer.

Berta estaba en un lugar que vendían fruta. Se veían todos los colores brillantes en las marquesinas detrás de su cara en cajones muy prolijos.

—Corto y te paso el contacto—dijo Berta.

Me dieron ganas de comer. De cocinar. De comprar frutas para cocinar. De salir a la calle. Tenía más ganas de escapar que de seguir pensando el cuento.

Berta desapareció del reproductor y antes de que Mili apareciera tuve ganas de salir de mi vivienda.

Quería ver algo ahí afuera que me diera alguna idea para la historia. Quizás comprar horas con otro niño. Quizás comprar un cuento a futuro, o alguno ya hecho. De algún escritor famoso, del presente, del pasado, del autor de la cita. Para conocer como escribía. Después de todo, lo había elegido a él como un personaje.

Pero no quería comprar y leer en mi vivienda. Quería leer mientras intentaba observar a la gente en las afueras del complejo de viviendas. Salir afuera.

Mili apareció en el reproductor.

Me pasó una dirección y un horario de encuentro, sin que yo pudiera articular palabra. Estaba oxidada. No podía hacer un camino rápido que llevara mis ideas a mi garganta. Y tampoco a mis pies. Me conformé con la salida que tendría al día siguiente para encontrarme con Mili.

Compré el texto donde estaba la cita del escritor: “Como construir un universo que no se derrumbe en dos días”.

Me lo enviaron en audio porque no me gusta leer en el reproductor. Y lo pedí con la voz de un actor de películas de tiempos muy pasados: Sean Connery.

Ciertas preguntas del texto retumbaban en mi cabeza. Dichas en la voz del ordenador imitando al actor, con una entonación y traducción perfecta, invadieron mi pensamiento.

—¿Qué es realidad?, ¿qué constituye el auténtico ser humano?, ¿qué somos?—se preguntaba Philip K Dick, con la voz de Sean Connery.

Y su respuesta era: "somos lo que no se esfuma cuando dejas de creer en ello".

Por otro lado, en la cita el escritor parecía darle todo el poder de desenmascarar el engaño, a los niños.

¿Qué historia podía crear con esa esencia?

Y sabiendo que para el escritor era fundamental explorar esas preguntas sobre la realidad, tenía que buscar algún símbolo que fuera el motor de esa búsqueda.

Volví al ordenador.

Escribí: símbolo. Philip K. Dick. Y apareció un nombre incomprensible: Ichthys.

No sabía qué significaba, pero asumí que elegiría ese símbolo para construir la unión entre los dos personajes.

Por ese día, demasiada carga. Necesitaba estirar el cuerpo, escuchar música, bailar.

Sin embargo, todo me llevaba a pensar en mi nuevo desafío. Intentaba olvidar esa rara palabra que había aparecido en el ordenador: Ichthys, y no podía. Me daba la sensación de ser un mantra de algún rito religioso.

Lo transformé en sonidos de inspiración y exhalación mientras estiraba los brazos hacia arriba y los soltaba hacia abajo.

Después incluí el sonido en el marcaje que hacía siempre para estirar omóplatos.

Con los brazos en alto.

—Ich —decía—. Y hacía el marcaje bajando el brazo derecho hasta la cintura—. Thys. —Y recogía el marcaje subiendo el brazo y haciendo dos giros de muñeca en el camino.

Lo mismo con el brazo izquierdo. Varias veces.

Después el zapateo:

—Ich. —Planta—. Thys —Taco.

Media hora a ritmo de soleá. Media hora a ritmo de fandango. Para vaciar las penas.

Ya bastante relajada, me dispuse a programar la salida del día siguiente.

Después de la ducha, que no fue rápida como siempre, me animé a ir a la cocina a prepararme alguna cena. En ese caso tardé poco: una sopa instantánea fue suficiente para mis capacidades culinarias.

Volví al ordenador.

Fue una gran sorpresa que Mili me citara fuera de Tenerife, en otra isla. ¿Para qué ir a la reserva biológica de El Hierro? Una locura que me puso de mal humor. No estaba acostumbrada a volar por la comunidad. Siempre me movía cerca del complejo donde estaba mi vivienda y sus anexos. ¿Para qué viajar más allá de la isla donde vivimos?

Tantos problemas: buscar un transporte, preparar la ropa adecuada, gastar en viaje, comida. Me daba vértigo organizar un día entero fuera de casa.

Para relajarme un poco intenté averiguar el significado del símbolo Ichthys.

Me costaba relacionar personajes con el símbolo de… *¿un pez*?

Esa misma noche empecé a escribir el cuento. Tenía que avanzar con algo, porque la tarea sería muy difícil.

> La madre de Simón sabía que su hijo era muy solitario, y quería ayudarlo. Superó la desconfianza que tenía hacia el sistema de compra-venta de horas hijo, vendiendo dos horas de su cuidado. Quería darle la posibilidad de salir a tomar aire y a jugar mientras ella iba a comprar las provisiones para la comida de los dos.
>
> La Comunidad Autónoma de Tenerife tenía plazas de juego comerciales, y ella pensó que sería la mejor opción para vender algunas horas de la compañía de Simón.
>
> Lo dejó en la plaza del complejo de su vivienda para que lo exhibieran por una hora. Dudó en dejarlo por más tiempo. Le costó irse sin saber lo que pasaría con su hijo. Por eso, llegó antes de lo esperado.
>
> Al ver que había sido comprado, sintió un nudo en el estómago. Se arrepintió, pero demasiado tarde.
>
> Esperó ansiosa a que pasara la hora, y lo sacó corriendo de la plaza comercial. Sin hablarle, se encaminó con él a su

vivienda. Se sentía avergonzada de haber cedido horas hijo de esa manera.

Mientras caminaba con Simón, se prometió a si misma buscar otra forma para sostener su porcentaje de madre, sin sentirse tan culpable.

Me copié la historia que había vivido con Simón para empezar el cuento, y me sentí satisfecha. Después tendría que pensar como transformar a Simón en un extraterrestre, y después en un escritor. Y todo teniendo en cuenta algo relacionado con un pez y la crema pastelera. Pensé en que mi personaje comprara unas horas abuela, aunque ya estaba la madre dentro de la historia: sería más fácil que ella hiciera la crema. Anoté en mi cuaderno de notas de pedido de baile —ese que ahora tenía el nombre Cuentos—: Buscar qué es el silicio.

Al día siguiente salí de casa un poco más tranquila. Con ese arranque de la historia se me ocurrían situaciones para continuar. Y volvería con ideas nuevas para seguir imaginando. Para eso estaba haciendo ese viaje fuera de mi vivienda en Tenerife. Tenía que traer algo valioso, de tanto trastorno.

El aparato de vuelo me dejó en el aeroparque del Hotel Balneario del Pozo.

La isla de El Hierro era tan desolada como la recordaba de mis tiempos de viajera, cuando disfrutaba de pasear de isla en isla.

Aparentemente eso hacen los más jóvenes, si no Mili me hubiera citado más cerca. Igual supongo que se adaptó eligiendo el Hotel termal. Quizás imaginó que aprovecharía el viaje para reponer mis huesos.

A las 12:00, ya habiendo desempacado y ordenado mi cuarto, bajé al sector comedor a encontrarme con Mili.

Ella ya estaba esperando en una mesa mirando el mar.

—Hola, Sofía.

—Buenos días —dije.

—Elegí este lugar porque a mí me inspira, Sofía. Y a demás, porque Berta vende la torta que me gusta al comedor de este hotel.

—¿Qué supiste primero? —dije—. ¿Qué te inspira el lugar? o ¿qué venden tortas de Berta?

—Una tarde necesitaba una merienda de Berta, y ella me dijo que estaba viniendo a traer una a este lugar. Y la acompañé. Y merendamos

juntas. Y la inspiración vino después.

—A mí me pasó lo mismo. —Entusiasmada, me palmeé el pecho—. La inspiración me vino de algo que hice, no de algo que pensé.

—Es así, Sofía —dijo Mili, mirando el mar.

Y así fue.

Mili sólo me dio consejos de cómo escribir. Me informó para que pudiera visitar lugares en la red donde explicaban todos los recursos literarios que se pueden usar. Pero más que nada me aconsejó que disfrutara del proceso. Y me aseguró que iba a aprender mucho de mí misma.

—Cuanto más te conozcas, mejor escribirás.

Y con esa frase me dejó, y subió al transporte aéreo para volver a su vivienda. Antes me convenció de que me quedara sola otro día más en el hotel. Me dijo que no podía irme sin tomar los baños en los pozos termales que, según dijo, estaban excavados naturalmente en los acantilados que había debajo del hotel.

Esa noche, mientras tomaba un café saboreando la torta de Berta, que tenían en el bar gracias al expreso pedido de Mili antes de llegar al hotel, traté de averiguar que era el silicio.

¿Un metal?, pensé. Y seguí leyendo.

Saboreaba la torta que, por cierto, estaba riquísima, y pensé en cómo meter algo de silicio dentro de Simón, para transformarlo en un extraterrestre, pero lo suficientemente humano como para seguir creciendo hasta transformarse en un escritor.

"En base a silicio" me sonaba a "hecho con silicio". Y dado que un niño no está hecho con silicio, quizá podría hacer que de alguna manera se contaminara su cuerpo con silicio, como si eso fuera un contagio extraterrestre. Ya pensaría la forma y el porqué.

Tomé las gacetillas de publicidad que mostraban los pozos en los acantilados y me las llevé conmigo a mi habitación para tener una idea de todo lo que iba a poder disfrutar al día siguiente.

Me desperté sobresaltada por un sueño. En lugar de seguir durmiendo, escribí lo que había soñado. Y cuando me di cuenta de que todo estaba relacionado con el cuento que tenía que venderle a Vito, me senté enfrente de mi ordenador portátil y volqué toda esa trama en el cuento.

Seguí un poquito la historia que tenía, para darle una continuidad hasta llegar a lo que había soñado. Soñé que me había tragado un pez de silicio, pero en lugar de ser gris, como es el silicio, era de color amarillo.

Para avanzar con el cuento, decidí ponérselo en el cuerpo a Simón. Podría servir para transformarlo en un extraterrestre.

Para reparar el daño que le había hecho a su hijo, la madre de Simón decidió llevarlo de paseo por la reserva de la biosfera de la isla de El Hierro.

El vuelo fue corto y directo. En dos horas ya estaban instalándose en la habitación del hotel Balneario del Pozo en el centro de la isla, muy cerca de la zona protegida y visitada.

Simón salió de la fila de gente que se dirigía al hotel, para correr por la zona de las mesas instaladas en la terraza. Un blindex transparente protegía el riesgo y dejaba intacta la vista. Las piedras imponentes se veían en el fondo del acantilado. El mar, a lo lejos calmo; y contra las piedras, furioso. Un sonido que maravillaba.

Madre e hijo dejaron su equipaje en la habitación y salieron a recorrer la zona.

Bajaron las escaleras que iban zigzagueando los pequeños refugios. Estaban diseñados para que los turistas pasaran su tarde al sol recibiendo los baños termales en pequeñas piletas. Cada espacio tenía su vista al mar y servicio de toallas, bar, conexión a la red y demás ventajas para descansar.

Simón iba eligiendo cada espacio y descartándolo al ver el siguiente. El niño parecía querer acercarse cada vez más al mar.

El cartel de prohibido ir más allá alertaba a la madre de Simón, y parecía ser una atracción para el niño.

Ya instalados casi sobre la playa en unas rocas pequeñas, justo al alcance de las olas, disfrutaron esa tarde de la pileta termal. La fuerza de las olas parecía querer acabar con el refugio. El más riesgoso que había construido el hotel.

La pleamar hizo que tuvieran que cambiarse a un lugar más alto.

Justo cuando el empleado de servicio pasó a advertirles que tenían que irse, un blindex de seguridad se activó encerrando la zona para protegerla.

La madre de Simón ya estaba subiendo, y Simón se quedó rezagado mirando como el blindex separaba el refugio de una

ola.

Antes de que se activara el mecanismo que sellaba con gomas los bordes adheridos a las rocas, una gota de agua se filtró. Y Simón puso su dedo sobre esa gota.

Algo que había en esa gota lo pinchó, lo hizo sangrar, lo lastimó. Simón se chupó ese dedo para sacar la sangre, y sintió un gusto agrio. Y pensó que su sangre tenía algo más que sangre.

Al subir la cabeza y mirar el mar, que ya chocaba contra el blindex, notó que veía distinto. Veía nublado. Estaba mareado. Y asociando esa visión con la gota de mar que se había puesto en la boca, se tocó la lengua. Y casi pudo agarrar con sus dedos algo que se movía dentro de su boca.

Un pez dorado brillaba en el blindex. Simón con la boca abierta intentaba verlo en el reflejo para sostenerlo y sacarlo de su garganta, cosa que no pudo hacer. Y el brillo desapareció hacia el interior de su cuerpo.

Borraba cada dos segundos lo que iba escribiendo. Intentaba reflejar cada escena del sueño lo mejor posible.

Cansada de tanto esfuerzo por querer recordar, me volví a dormir.

Al día siguiente, mientras desayunaba, leía los archivos sobre recursos literarios que me había señalado Mili. Y seguía corrigiendo lo que ya había escrito del cuento.

No había puesto ningún diálogo. Aparentemente, si no los ponía, el lector no tenía ni idea de cómo eran los personajes. Sólo sabía lo que decía el que narraba la historia. Ese era un error que tenía que solucionar. Una omisión que había en el cuento. También faltaban otras voces, otros puntos de vista.

Quizá podría hacer hablar al pez. Imaginarlo como un extraterrestre capaz de comunicarse con Simón. Construir un diálogo entre ellos aunque fuera mental, y que eso alimentara la imaginación del niño, para que en el futuro se transformara en escritor.

Además de eso, al cuento le faltaban imágenes que mostraran el entorno. El lector tenía que imaginar dónde pasaban las escenas. Yo tendría que poner más detalles de contexto: olores, colores, sensaciones.

Salí a pasear con la intención de captar todo lo que había en la naturaleza. Tenía que lograr que Vito, al leer mi cuento, se sintiera dentro

de una atmósfera real. En un mundo real. Con esos olores, colores, sabores. Dejar de poner la palabra "pensó" y "sintió". Los sentidos tenían que mostrarse de otra manera.

—No lo expliques, Sofía —decía Mili—. Arma una escena. El lector se da cuenta. El lector es un ser humano y siente empatía al leer una escena.

¡Cuánto para aprender!

Todo ese día en el hotel me dediqué a mis cinco sentidos. Escribir me estaba dando muchas satisfacciones.

Salí después del desayuno, y lo primero que hice fue recorrer el tramo de piletas excavadas en la roca del acantilado.

Busqué detalles que quizás no estaban en el cuento que tenía hasta ese momento: un viento muy fuerte, el ruido de las olas, el olor a sal, las vistas grises por las rocas volcánicas, falta de reparo al mediodía, demasiada sombra a la tarde.

Ese día termal fue completamente dedicado a sentir. Hacía mucho tiempo que no estaba en contacto con lo que había más allá de mi casa. Focalizada en mí y en mi cuerpo y su movimiento, había dejado de observar todo lo demás.

Esa misma noche me comunicaría con Vito desde mi ordenador portátil. Pensaba decirle que quería armar la trama y contar la historia, y que estaba ansiosa por crear un mundo.

Antes de llamarlo, me preparé un resumen:

> PERSONAJES:
>
> Simón: niño invadido por un pez dorado hecho en base a silicio que es una nave extraterrestre.
>
> Pez dorado: es una nave extraterrestre que vino de un planeta diminuto donde se desarrollaron seres pequeñísimos. Son muy inteligentes y crearon naves a su medida para recorrer el universo. Llegaron a la Tierra y se establecieron en el fondo del mar. Sus naves tienen la forma de un Ichthys. Dentro de una de las naves, que fue a parar a la boca de Simón, vive un ser extraterrestre, que tiene una simbiosis con la nave. Y, cuando la nave funciona, despierta.
>
> Madre de Simón: cuando tenía 35 años, lo compró a Simón. Lo cuida ella. Sólo vende 8 horas-hijo diarias y repartidas entre: juego, abuela y maestra general. Ella también es maestra, pero especializada: niños y niñas de 10 años,

música, instrumento guitarra.

Balbina: cubre 4 horas-abuela con Simón. Es la creadora de la crema pastelera que alimentará a la nave que se tragó Simón. Ella tiene una receta especial que hace que cada vez que Simón la come, el extraterrestre que vive en la nave que está en su cuerpo despierte y piense. Simón lo escucha y cree que ese discurso mental es normal. Que todas las personas imaginan así. Como si escucharan una voz interior que le inventa situaciones.

Como era bastante tarde no quise tener una conversación visual, directamente le envié la lista de los personajes. Y, cuando iba a mandar la trama, recibí una llamada directa.

—Hola, Sofía —dijo Vito apareciendo en la pantalla.

—Hola —dije, y me acomodé el pelo fuera del campo de visión.

—No quiero que me digas nada del cuento.

Volví a la pantalla. Lo vi enojado. Me mostré sonriente y lo más arreglada que pude.

—Habíamos quedado en hablar del cuento —dije—, si era necesario.

Vito sonrió, y yo me calmé.

—Quiero que sea una sorpresa. Pero no pude evitar leer algo.

Vito estaba en un lugar soleado, obviamente lejos de las Islas Canarias. Supuse en el hemisferio sur, porque estaba muy abrigado y alejado por cinco o seis meridianos, por la luz del día.

—¿Siempre compras cuentos de principiantes? —Intenté sonreír para disimular mi inseguridad.

—Compro cinco cuentos por semana. Leo uno por día, mientras espero.

—¿Espero? —pregunté intentando que me contara más de su vida.

—Soy piloto de avión de turismo. Con mi pequeño avión, comunico dos islas en Japón.

—¿Estás en Japón?

—Casi siempre.

—¿Sos japonés?

Y recién ahí me di cuenta de que mi ordenador estaba usando el traductor automático de texto y voz. Y que a Vito lo había visto siempre

usando anteojos.

—Japonés —dijo Vito.

—Pero tú nombre. Pensé que serías… —Y me di cuenta que el ordenador había traducido el significado del nombre. Y quizá lo había resumido.

—Después seguimos la comunicación, Sofía. Tengo que regresar con pasajeros.

—Gracias —dije. Y me sentí una tonta.

Tenía que arriesgarme a escribir sin preguntar más.

Ya tenía los cuatro ítems. Vito ya había hecho su parte del cuento, el resto lo tenía que hacer yo.

Instalada en mi casa, pedí una merienda con Berta: necesitaba hablar con ella. Entonces, en lugar de que viniera a mi vivienda, le dije si podía acompañarla a comprar los ingredientes. Así tendríamos más tiempo para estar juntas.

Nos encontramos en la puerta del centro de abastecimiento alimenticio. Nunca había entrado ahí. Normalmente, encargaba comidas balanceadas, con los nutrientes equilibrados para mi actividad como bailarina. Mis almuerzos y cenas eran esas viandas que sólo tenía que calentar. A veces, cuando me quedaba sin stock, por distraída, me conformaba con sopas que se hidrataban y suplían las calorías de ese día.

—¿Cómo te está gustando pasear? —me recibió Berta con su pregunta. Y se contestó o más bien siguió hablando—. Toma la receta de la crema pastelera que necesitas. Es la tradicional. Pero a Mili se la hago sin huevo y sin leche, porque ella es vegana.

Ahhh, pensé. Eso que dijo Berta me dio una idea para el cuento.

Compramos todo lo necesario para las dos recetas, y nos fuimos rápido para tener tiempo de probarlas antes de seguir escribiendo.

—¡Estás en mi cuento, Berta! —le dije, no bien cruzamos la puerta del complejo de departamentos—. Estás, pero… con otro nombre: Balbina. Con horas-abuela de un niño. Y vendes meriendas especiales que harán imaginar historias al niño. El niño será un escritor famoso gracias a tus meriendas.

Y me dediqué a escuchar lo que Berta decía.

Como siempre, ella no paraba de hablar, y yo tenía que esforzarme por anotar los ingredientes de la crema pastelera vegana, mientras ella la cocinaba y seguía hablando.

Hablamos mucho de su Mili y de mi futuro cuento.

Cuando se fue de mi casa, tenía la historia en mi cabeza. Necesitaba volcarla en el papel, para poder irme a dormir tranquila.

> El pez dorado era una nave extraterrestre que buscaba un lugar donde esconderse. Habiendo sido capturada por la boca de Simón, intentó alojarse dentro de la glándula salival del niño.
>
> El extraterrestre y la nave se paralizaron al instante, cuando los envolvió el primer chorro de saliva. Quedaron como muertos dentro de la glándula.
>
> —¿Qué te pasó, hijo? —preguntó la madre de Simón mirando el dedo del nene chorreando sangre.
>
> —Tragué un pez dorado —dijo Simón. Y se cayó desmayado.
>
> La madre sólo atinó a sujetar al niño para que no se lastimara por el golpe contra el piso. Subió el acantilado intentando arrastrarlo. Lo tomó de los hombros gritando por ayuda, tratando de que se parara y reaccionara.
>
> Un asistente del hotel se acercó, y juntos llevaron a Simón hacia el hall del hotel.
>
> Llegó el médico asignado para socorrer a los turistas y diagnosticó.
>
> —El niño está dormido, señora.
>
> —¡Deliraba, doctor! Decía incoherencias. Algo sobre un pez dorado…
>
> —Imposible que delirara. No perdió mucha sangre. Su presión es normal. —Le hizo un gesto de que lo ayudara a levantarlo—. Llévelo a la habitación. Cuando se despierte, estará curado. La herida en el dedo es insignificante, apenas una pinchadura.
>
> —¿Está seguro?
>
> —Segurísimo.
>
> La madre de Simón no se quedó tranquila. Se comunicó con Balbina, la señora que compraba las dos horas abuela de Simón.
>
> —Hola, Balbina —la llamó—, necesito tu ayuda. ¿Podrás

venir a acompañarme?

Y como Balbina aceptó ir, se calmó. Tenía que hablar con alguien y contarle lo que había pasado.

Se acercaba seguido a ver si Simón respiraba, o si se quejaba de algún dolor. El niño permanecía dormido y tranquilo. Durmió un día entero.

Balbina llegó con una torta, como siempre. Era un mimo. Simón ya se ponía contento con ver el paquete redondo.

Quizá fuera el olorcito a torta lo que finalmente lo despertó.

La mamá de Simón se quedó tranquila: el niño estaba bien. Como siempre, juguetón con Balbina, cómplice, contento.

—Te veo muy bien, Simón —dijo Balbina—. Comiste mucho. ¿Te gustó la torta?

—Muchooo —dijo Simón. Y seguía comiendo.

—Tiene una nueva crema pastelera: 1 taza de leche de coco, 1 cucharada de harina, 2 cucharadas de maicena, 3 cucharadas de azúcar, una pizca de colorante, piel de limón, esencia de vainilla, una gran cucharada de margarina —dijo Balbina, todo de corrido, casi sin respirar.

Nadie sabía que en el momento en que la torta pasaba por la garganta de Simón, algo sucedía con el pez dorado.

La nave resucitaba junto con el extraterrestre que la habitaba. Y ese suspiro, en el que podían volver a vivir, era suficiente para comunicarse con las otras naves cercanas que la estaban buscando.

Bajo el agua, en la base del acantilado, todo un ejército de peces dorados intentaba rescatar a la nave perdida. Pero la nave volvió a paralizarse, cuando Simón terminó su porción de torta con la crema pastelera mágica. Esa crema era como un motor para el pez dorado. Lograba que la nave se sacara de encima la saliva viscosa de Simón y se asomara hacia el extremo del conducto salival, y que hiciera contacto con las otras naves por escasos minutos.

Esas comunicaciones entre las naves eran captadas por el cerebro de Simón. Y dado que él no las había percibido por

ninguno de los cinco sentidos, su mente interpretaba que lo ocurrido había sido un hecho producto de su imaginación.

Cada vez que Simón comía esa torta con esa crema, la comunicación entre las naves peces dorados volvía a ocurrir. La pobre nave, atrapada por la saliva del niño, vivía escasos momentos de unión con sus congéneres.

—Mamá —decía Simón las veces que su madre estaba con él merendando esa torta—, cuando sea grande, quiero vender un cuento.

—Ya me lo dijiste, Simón —decía la madre cada vez—. ¿Cómo sería el cuento?

Y Simón imaginaba un cuento sobre un pez dorado que vivía en un lago, sobre un pez dorado que hablaba, uno que era una nave espacial. Un Dios extraterrestre.

Simón imaginó cuentos hasta los 53 años.

Algo pasó después.

Nunca supo que la nave extraterrestre que vivía en él había sido finalmente rescatada, y con ella se fueron todas las ideas para sus cuentos.

Me quedé pensando si había puesto todos los ítems que me había pedido Vito. Y leí el cuento otra vez.

Faltaba algo más sobre el símbolo. Si bien la nave tenía forma de pez, y esa nave y su extraterrestre parásito estaban relacionados con el escritor Simón, no había encontrado poner en el cuento algo simbólico. Tampoco había podido desarrollar el personaje Simón escritor. Me había conformado con terminar rápido las consignas y llevar adelante una trama superficial.

Necesitaba leerle el cuento a alguien para que me diera consejos, críticas. ¿A quién iba a llamar? ¿Berta? ¿Mili? ¿Las dos?

—¡Las dos! —pensé en voz alta.

Las cité en el mismo hotel que me había inspirado. Me estaba gustando volver a viajar. Y seguro que a ellas, encontrarse: aceptaron enseguida.

Les di el cuento impreso. Un ejemplar a cada una.

Me latía el corazón muy fuerte mientras trataba de tomar un café para disimular mi angustia. Me sentía morir de vergüenza. Y al mismo tiempo, de alegría, cuando observaba que Berta hacía un gesto de risa, o Mili

levantaba una ceja con admiración.

Berta habló primero.

—¡Pobre chico! —dijo Berta—. ¡Solito! Las madres deberían comprar más de un hijo. Pero son tan caros…

—Termina muy abrupto, Sofía —dijo Mili—. Ese final no me cierra. Es como si te quisieras sacar de encima el cuento.

—Pero ese escritor —le dije—, Phillip K Dick, vivió hasta los 53 años. Vito lo sabe, y es un guiño. Murió: dejó de imaginar. Dejó de escribir.

—Justamente —dijo Mili—. Lo más jugoso de la historia no está en el cuento.

—Esas comunicaciones… —dijo Berta

—Y el crecimiento de Simón —siguió Mili—. Hay un salto de 45 años en tres renglones.

—Sofía, déjalo así —dijo Berta—. Cumple con los ítems.

—Pero hay que pensar otro final —dijo Mili—, por si Vito no te acepta el cuento. A mí me pasó. Tuve que cambiarle el final a varios cuentos. El cliente paga. El cliente elije el final.

—¿Y del símbolo? —les pregunté—. ¿Se nota que el símbolo pez une a los personajes?

—¿Qué personajes? —dijo Berta.

—El extraterrestre, el niño y el escritor adulto.

—Sííí… —dijo Mili dudando—. La nave pez los une. Pero que sea un símbolo…

—Me parece que vamos a venir otra vez al hotel —dijo Berta—. Falta final, medio y principio. —Y se rio para desdramatizar.

Yo estaba desilusionada. Toda la alegría que había tenido la noche que terminé el cuento, la había perdido con la inseguridad que me daba la idea de que Vito me rechazara el pedido.

—Por hoy, ya está bien de cuento —dijo Mili—. Mándalo así. Y corrige, si él te lo pide. Quizás le guste así.

—Vamos a las aguas termales —dijo Berta—. Aprovechemos la tarde.

Al atardecer, ellas se volvieron. Yo necesitaba un día más. Ya era costumbre darme ese día extra para disfrutar en soledad.

Caminé por la playa toda la tarde, pensando en mi cuento.

¿Era mío? ¿Se puede escribir un cuento a pedido?



Ilustración: Pedro Bel

¿Qué cuento quería contar yo?

Tuve ganas de seguir imaginando la vida de Simón. También quería pensar en cómo podría haber escapado la nave de la glándula salival del escritor, cuántas veces la nave había salido del letargo, mientras permanecía atrapada.

Miraba el mar, y ya se me ocurrían ideas para justificar una búsqueda por tantos años. Esos seres tan fieles al cuidado de sus semejantes. Explorar esas ideas me hacía pensar más sobre mi vida, la de Berta, la de Mili.

No quería volver a ofrecerme como escritora principiante antes de escribir esas otras historias. Ya había tenido la experiencia de otra propuesta totalmente distinta a la de Vito, y no quería desviar mi atención hacia otros personajes. Quería que Simón estuviera en mis futuras historias.

¿Podría yo tener esa libertad? ¿Por qué no?

Recuperé las ganas de volver a empezar, de tomar una segunda chance. Escribir un cuento me había dado el impulso.

Isabel Santos es una participante habitual de las Tertulias de CF y Fantasía de Buenos Aires que se organizan mensualmente en el Café Los 36 Billares con el auspicio de Laura Ponce. Es miembro del taller *Clanes de la Luna Dickeana* y habitualmente corrige sus cuentos con Claudia Cortalezzi.

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: SILÉ (nº 283)

Tasmania

Mariano Falzone

ARGENTINA

El sol apenas atravesaba el encapotado cielo verde. La niña empujó la silla de ruedas oxidada por los corredores de ladrillo a la vista y techos de cemento quebrado. A su izquierda, la playa. En su espalda llevaba una bolsa de arpillera con todo lo necesario: una lona, una palita de hierro, un balde, una botella de agua, una copia sin tapa de *Final de partida* y un número amarillento de *Locuras de Isidoro* para que su padre elija qué leer según la inclinación del día. El viento fresco de febrero aullaba a su alrededor. Querían aprovechar antes de que viniera el otoño y tuvieran que resguardarse de la nieve ácida.



Ilustración: Pedro Bel

La niña bajó la silla de ruedas a la arena, que no era suave y escurridiza como su padre contaba que lo había sido alguna vez. Él bajó el único brazo que su cuerpo le permitía y dejó rozar sus dedos en la arena húmeda. La parte de su piel que todavía no se había caído estaba minada de grandes manchas negras. Donde habían estado sus uñas ahora solo se veían costras oscuras.

De a poco se alejaron de la fortaleza de ladrillos rojos, un portal hacia la playa casi futurista para la época en que se había construido, lugar que el padre seguía llamando Alicante y que ahora era su hogar, y se dirigieron hacia la orilla, donde los esperaba otra fortaleza. Si algo de toda la ruina que asomaba la cabeza entre la arena áspera alguna vez había sido una carpa o una sombrilla, era difícil saberlo: suvenires de un mundo tan lejano que ya habían perdido la capacidad de remitir a su contexto de origen.

El castillo de arena era el más asombroso que jamás se había visto en la costa atlántica. La niña había empezado la construcción cuando tenía ocho años y no había parado de trabajar en ella un solo día. Incluso en otoño e invierno, entre las lluvias y las nieves, mortales para el resto, se tomaba un momento del día para ir a atenderlo, generalmente a la hora de la siesta de su padre, a quien no le gustaba mucho que ella saliera en esas condiciones climáticas.

De forma pentagonal, con una torre en cada punta, medía casi el doble de la altura de la niña. Un gran arco se alzaba sobre la entrada, frente al mar, tallado con dibujos de bestias de todo tipo: peces sin ojos (parte de la valiente fauna de este nuevo mundo), sirenas que vio en revistas para niños del siglo pasado, animales ahora mitológicos como la tortuga y el puercoespín, y, en la cima, un escudo con un fino trabajo de relieves representando al ser vivo que su padre sostenía no solo comprobaba la existencia irrefutable de Dios, sino también de su sentido del humor: el ornitorrinco.

—¿Y esto? *Fauna de la Isla de Tasmania* –dijo el padre una noche del verano anterior, cuando todavía podía mover ambos brazos y respiraba sin dificultad, mientras hurgaba en el botín de libros que su hija había traído de su último saqueo a la biblioteca municipal.

—Lo encontré en la parte de ciencia. Tenía dibujitos, y… Mirá, abrilo, fijate quién está. Página 42 –contestó la niña escondiendo una sonrisa.

Y, efectivamente, ahí estaba un claro y detallado dibujo del mamífero ponedor de huevos. El padre comenzó a reírse, y su hija se contagió. La niña brillaba de una manera especial cuando se ponía feliz por la alegría de otros, exactamente como lo hacía su madre, un brillo que su padre no veía muy seguido ya que, por un lado, hacía años que él no veía a la niña frente a otras personas, y por otro, cada vez le costaba más mostrarse feliz ante su hija. Pero cuando sucedía, como aquella noche, él sentía su corazón expandirse en su pecho, no sin enviar lágrimas a sus ojos que él reprimía lo más posible por las dudas, no fuera a ser que su hija viera en ellas el reflejo de su alma y pierda la esperanza.

La torre sudeste quedó devastada por la tormenta de la noche anterior. Reconstruirla será la tarea del día, pensó la niña mientras extendía la lona a un costado del castillo.

—Creo que voy a empezar con la torre –anunció la niña—. ¿Beckett o Isidoro? –agregó mostrándole las dos opciones a su padre.

El padre esforzó una sonrisa ante la ironía del título de la obra de teatro.

—Hija…

La niña ya había dejado las dos opciones en la falda de su padre y agarrado su palita de hierro. Estaba quitando con fuerza los escombros alrededor de la torre y lanzándolos al agua desde ahí, a unos 20 metros de la orilla. Los cascotes de arena caían sobre las olas agitadas.

—Hija… lo que dijo… esa mujer…

—No importa eso, pa.

—Pero… escuchame…

—No. Nos vamos a quedar acá. Yo te voy a cuidar. Vamos a leer. Todavía hay comida, nos quedan varias latitas, y siempre puedo buscar más en la ciudad.

—No va a ser… siempre así… Vos podés… comer del mar… Yo no.

La niña tiró la palita de hierro a la arena, clavándola. Sin mirar a su padre, con los labios apretados, fue hacia el agua y se zambulló debajo de las olas. Una fina capa de humo recubría el mar esmeralda.

Una semana antes la niña había salido a uno de sus saqueos nocturnos en la ciudad. En un departamento en el piso 45 del edificio Maral 96, una torre que se había dedicado a recorrer centímetro por centímetro durante los últimos dos meses, encontró cuatro latas de lentejas y seis de jardinera, y las guardó en su bolsa. Mirando por la ventana hacia el oeste, notó que allí era lo más alto donde jamás había estado. No satisfecha con eso, decidió ir más arriba. Salió corriendo al pasillo y subió por las escaleras a la terraza.

El viento la recibió desde todas las direcciones al mismo tiempo. Su pelo corto, que apenas le tapaba las orejas, se agitaba con violencia. Ella veía la ciudad, el mar eterno y el cielo sin estrellas con ese tono grisáceo, a veces verdoso, con el que sus ojos inundaban la oscuridad. Y en medio de la noche, en el horizonte hacia el norte, un pequeño semicírculo incandescente. Fue la primera vez que vio la Cúpula. Debía ser mucho más grande de lo que imaginaba para poder verla desde allí.

Solo cuatro cuadras la separaban de lo que había sido la biblioteca municipal, el centro cultural más grande de la zona. El lugar permanecía prácticamente intacto, salvo por cierto daño estructural en las ventanas y las paredes, y un poco de desorden, causados por la Gran Tormenta de hacía once años. Miles de libros seguían abarrotando los anaqueles. Nadie había pensado en saquear la biblioteca luego de la catástrofe. Los más afortunados fueron directamente hacia la Cúpula. Los menos afortunados, aquellos a quienes dejaron afuera, escaparon tierra adentro lo más posible, donde se creía, y se sigue creyendo, que la toxicidad es menor.

En el camino hacia la biblioteca no hubo ninguna eventualidad, excepto por una jauría de perros rabiosos, apenas peludos, que la rodeó en la explanada que antecede a la entrada. Ella gruñó y golpeó su pie contra el piso, y media manzana retumbó. Los perros salieron corriendo despavoridos por las calles.

La niña fue directo al área de literatura. El viento corría entrando y saliendo por los ventanales rotos del primer piso. En la sección de teatro, antes de la parte de teoría literaria, encontró *Final de partida* entre un par de libros sucios carcomidos por las ratas. Del libro se habían comido sólo la tapa y pegado algún que otro mordisco en los costados. Se ve que no les apetecía el existencialismo absurdo, no como a su padre al menos, que sentía en él una mezcla de placer sadomasoquista y compañía esperanzadora.

Estaba guardando el libro en su bolsa cuando, por el rabillo del ojo, en la oscuridad que en ella se negaba a serlo, vio una figura pasar al final del pasillo de anaqueles. La niña caminó hasta allí con cuidado y escuchó un leve gruñido. Asomó la cabeza detrás de un anaquel y miró a la izquierda, hacia donde el pasillo desembocaba en un ventanal roto. Un perro se había apartado de la jauría y estaba acechando, pero no a ella. El perro caminaba lento y decidido, gruñendo, hacia una estantería en un rincón cerca de la ventana. La niña vio una figura allí acurrucada, tratando de esconderse tanto del perro como de ella.

El perro saltó hacia la figura. La niña se abalanzó sobre el animal justo cuando estaba a punto de morder a su presa. La figura se levantó y empezó a correr, mientras el perro se defendía y mordía el brazo de la niña con fuerza. Ella lo levantó y lo lanzó por la ventana rota. El perro gimió al golpear la vereda, luego se paró con dificultad y se fue cojeando hacia la noche.

—¡Ey! –gritó la niña.

La figura corrió manoteando en la oscuridad hasta que chocó de lleno contra una pared al final del pasillo y cayó inconsciente en el piso.

Cuando despertó, el fuego la encandiló por un momento. Al acomodarse sus ojos, vio a la niña frente a ella a través de las llamas.

—Tu piel… —le dijo.

—Es verde. ¿Algún problema?

—No…

Era difícil distinguir su rostro y su voz detrás del traje amarillo hermético y el vidrio sucio del casco que cubría su cabeza.

—Yo había hecho una fogata. La apagué cuando sentí retumbar el edificio –dijo la figura luego de un momento de silencio.

La niña, sentada con las piernas cruzadas, la miraba fijamente. La figura prosiguió:

—¿Cómo la hiciste tan rápido? Yo tardé tres horas. Y cuando la hice, si me distraía por dos minutos, se me empezaba a apagar. ¿O es que estuve inconsciente tres horas?

—Tengo un encendedor –dijo la niña con total seriedad.

La figura rió, y su risa le hizo notar a la niña que se trataba de una mujer.

—Gracias por lo del perro.

—De nada— dijo la niña—. Ahí te dejé tu mochila.

—Ah, gracias…

La mujer había querido romper el hielo, pero no estaba funcionando. Sentía la mirada fija de la niña sobre ella. ¿Acaso nunca pestañeaba? Intentó de nuevo:

—¿Y qué te trae por estos lugares? ¿Siempre andás peleando con perros mutantes en bibliotecas? –preguntó con una risa que no fue retribuida.

—¿Y vos? –dijo la niña.

La mujer estuvo a punto de decir: “Yo pregunté primero”, pero el rostro duro de la niña la desmotivó.

—Estoy yendo al norte, a Buenos Aires. Como tenía este traje, aproveché para ir bordeando la costa.

—¿A la Cúpula?

—Sí. Escuché a gente decir que hay una manera de entrar. Me la voy a jugar. Vengo caminando desde Santa Rosa. Pensé que acá era un buen lugar para esconderme unos días y recuperar fuerzas. Es una biblioteca y está cerca de la costa, dos cosas que van a hacer que nadie se me acerque. Ya nadie lee en estos días.

—Yo sí.

—Sos la excepción.

—Y mi papá también.

—Dos excepciones.

La niña sólo miraba el fuego. El humo se escapaba entre los


volúmenes empolvados en las estanterías y a través de los ventanales rotos hacia la noche.

—¿Y tu papá sigue con vos?

—Se quedó en casa.

—¿Dónde es eso?

Ante la falta de respuesta, agregó:

—No te preocupes, no voy a ir a saquear, violar y prender fuego todo. Fui testigo de eso un par de veces, y creeme que no es algo que quiera imitar –pero la niña continuó en silencio, mirando las llamas–. Entonces, ¿y tu mamá?

—Mi mamá murió cuando yo nací. Fue al poco tiempo de la Tormenta. Después mi papá me llevó con él hacia adentro, lejos del mar, con otro grupo de personas. Me acuerdo poco de ese tiempo. Sé que en algún momento me di cuenta que mi cuerpo era diferente y que eso era un problema para el resto. Algunos creían que yo los iba a contaminar más. Otros, que era la cura de lo que sea que tuvieran. Que conmigo los iban dejar entrar a la Cúpula. Se peleaban entre ellos. Hasta que apareció gente del gobierno. De traje amarillo, como el tuyo.

La niña sacó la mirada de las llamas y la clavó en la mujer.

—Sí, los conozco –dijo la mujer–. Uno de ellos pensó que mi obligación era hacerlo sentir menos solo. Ahora está solo y enterrado. Su traje me permitió venir a la costa.

La niña continuó:

—Me quisieron llevar con ellos. La cosa se puso… violenta. Escapamos. Después de eso mi papá decidió que lo mejor era volver al mar, alejarnos de todos.

El fuego estaba empezando a achicarse. La niña tiró un libro sobre las teorías económicas de los Chicago Boys a las llamas.

—¿Cómo aguantás ese traje? –preguntó con una mueca y dejando caer sus hombros, relajando su cuerpo al fin.

La mujer sonrió.

—No lo aguanto. Pero me mantiene menos contaminada. Eso espero. Este coso en el casco, esta rejilla metálica, filtra el aire. Para comer y cagar apenas lo abro. El traje después purifica un poco el aire adentro. No voy a llegar totalmente saludable a la Cúpula, pero debería ser suficiente para aguantar.

La mujer levantó las rodillas y puso sus brazos sobre ellas.

—Ya que ahora estamos en confianza… Tu piel. Ya había visto algo parecido antes.

—¿Cómo? –preguntó la niña, y sus ojos se agrandaron.

—Ya me encontré con otros niños como vos. Diferentes. Ninguno pasaba los once años. Eran seis. Me alojaron durante unos días, me dieron comida para aguantar un tiempo más. Son buenos pibes. Siguiendo la costa hacia el sur los podés encontrar, en Necochea. Hicieron base en lo que era el casino de la ciudad, justo frente al mar. Digo, por si te interesa.

La niña cerró los ojos unos segundos. Al abrirlos, sólo miró el fuego.

—Gracias, pero no nos vamos a mover de acá. Mi papá no aguantaría un viaje así.

Antes de despedirse, la niña le dio a la mujer dos latas de lentejas y tres de jardinera, y le deseó suerte en su viaje.

El sol apenas atravesaba el encapotado cielo verde. El depósito que ellos habían convertido en su hogar, dentro de la fortaleza rojiza, estaba en penumbras. Había decenas de libros, juguetes, estatuitas de plomo, herramientas, muebles antiguos, revistas, historietas, algunas pocas botellas de agua y latas de comida. La niña se levantó de su cama y abrió las ventanas de madera forradas en tela de pólar.



Ilustración: Pedro Bel

—Igual que ayer –dijo la niña mientras la luz verdosa de la mañana iluminaba su rostro.

Su padre yacía en otra cama a pocos metros de la puerta.

—¿Pa?

La niña no lloró. Con delicadeza levantó a su padre y lo puso en la silla de ruedas. Lo llevó por los corredores de ladrillo a la vista y techos de cemento quebrado. A su izquierda, la playa. Bajó a la arena. El brazo de su padre colgaba a un costado, sus dedos rozaban la arena húmeda. El castillo de arena los esperaba.

Atravesando el arco de la entrada, desde el cual el ornitorrinco miraba indiferente y en silencio la escena, la niña comenzó a cavar un pozo con su palita de hierro en el centro del castillo. Cuando vio que era lo suficientemente grande para que su padre se sintiera cómodo, lo puso allí y lo tapó lo más rápido que pudo. Luego se sentó al costado del túmulo durante horas, en silencio.

Al caer la noche se puso de pie. Dejó la silla de ruedas al pie de las olas, como una ofrenda al mar humeante. Hizo una parada en su hogar y luego caminó por la arena áspera hacia el sur. En su espalda llevaba una bolsa de arpillera con todo lo necesario: una lona, una palita de hierro, un balde, cinco botellas de agua, seis latas de comida y una copia de *Fauna de la isla de Tasmania.*

Mariano Falzone nació en 1988 en Mar del Plata. Estudió Realización Audiovisual en la UNICEN en Tandil, y ha participado en radio, televisión y docencia, generalmente diciendo incoherencias sobre cine y otras artes perversas. Publicó cuentos y ensayos en revistas de Buenos Aires y Tandil. Como guionista de historietas, publicó en antologías de Argentina y Gran Bretaña. Piensa que hablar en tercera persona sobre sí mismo como su compatriota el jugador de fútbol Riquelme es incómodo y divertido a la vez.

Colapso

José Carlos Barroso Benítez

ESPAÑA

Con la primera medida la niebla extensa se dispersó y el gélido viento entumeció mi cuerpo filtrándose hasta la médula de mis huesos.

La deseaba intensamente: era inevitable.

Con la segunda medida descendí aún más. Bajo el humo negro e inerte del suelo; discurriendo entre una extensa prole de gusanos que se retorcían en la oscura llanura de la noche: tanto la necesitaba.



Ilustración: Valeria Uccelli

Con la tercera medida dejé mi cuerpo suspendido en un descenso casi eterno hasta una balsa ignota, hasta una balsa desconocida por todos que flotaba, que desaparecía… que me agitaba en la cumbre de mi desesperación: tanto la temía.

Con la cuarta medida sentí la barrera intraspasable que separaba su mundo del mío y el pulso de mi sangre se volvió turbulento y frenético como una bestia indomable. Era la angustiosa visión de mi locura: tanto la amaba.

Y la llamé por su nombre mientras sostenía su cuerpo desvencijado como una balda de cera que dejaba caer sus brazos y sus dedos lánguidos y sus uñas mugrientas y suspendía sus cabellos. Y su boca se abrió sin un solo acento que pronuciar y la llamé susurrando, la llamé por su nombre (…) donde nadie podía oirme; nadie salvo la extraña lechuza y el raro viento.

Con la quinta medida ella abrió sus ojos. Me miró con sus ojos llenos de rabia y de ambición. ¡Su cabeza fenecida se irguió y sus brazos fríos

como el hielo me atenazaron como una langosta a su presa! y ya nunca, nunca más me soltó. La besé mientras un hilo infinito de sangre rubricaba nuestro aliento.

Con la sexta medida el reloj expiró. Hubo un intenso temblor. La tapa de su féretro se cerró y la pesada tierra nos envolvió. Y yo me fui, me fui con ella: me fui hasta su infierno… para siempre.

Profesor de piano ejerciendo actualmente en la ciudad de La línea, José C. Barroso es autor de diversas narraciones, algunas de las cuales han sido seleccionadas para formar parte de diferentes publicaciones y antologías. Tal es el caso de "La cazadora", integrada en la antología para el segundo Certamen Internacional de Narrativa Breve Galicia Meiga con sede en la ciudad de Buenos Aires, y de "La carta", que forma parte de la colección narrativa Hijos de la Pólvora; distribuida por Latin Heritage Foundation con sede en Washington, EEUU, y a la venta en Amazon. La revista digital Relatos Increíbles incluirá en su próxima tirada su relato "Súcubo". La estética narrativa de José C. Barroso discurre por un camino de convulso hermetismo que bebe de la fuentes más oscuras del ciclo negro y existencialista: Greene, Le Carré, Dashiell Hammett, Hoffmann y Poe, Boris Vian, Camus, Sartre, Kundera, Thomas Mann, Hesse y Kafka entre otros muchos son sus principales mentores aunque sus modelos más recientes y las referencias formales más inmediatas de su trabajo flotarían en el género distópico más recurrente. Al margen de otros ensayos y obras de contenido poético diverso se siente en un momento de gran fecundidad creativa y ya está elaborando los bosquejos principales de su novela de ficción distópica "Ciudad Lunar".'

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: FANTASÍA DE UN NIÑO DE CUNA (nº 278)

Eres único

Juan Luis Monedero Rodrigo

ESPAÑA

Quizá el mejor momento de su vida fue cuando los dos Procreantes acudieron a él intentando convencerlo para que formase parte de su Unidad Reproductora. El Hogar carecía de nombre. Ningún Hogar lo tenía. Tampoco los Procreantes. Todos se conocían. Y cada uno de ellos admitía la incuestionable superioridad de un Hogar. Resultaba lógico. Todo el mundo comprendía que el eslabón más importante de una Unidad Reproductora era su Hogar. Por eso, y por lo que significaba aquel momento en la vida de cualquier individuo, el Hogar recordaba con especial cariño la entrevista que mantuvo con los dos restantes miembros de la futura Unidad Reproductora. Los dos Procreantes, indistinguibles entre sí para un Hogar, al igual que todos los de su clase, acudieron a visitarlo a la Comuna Familiar. Cientos de Hogares vivían allí. En la Comuna crecían bajo el atento cuidado, siempre respetuoso, de otros Procreantes, ya ancianos, dispuestos a servirlos y hacer realidad todos sus deseos. Un Hogar nunca se rebajaría tanto como para convertirse en siervo de otro individuo. Pero los Procreantes estaban acostumbrados a obedecer. Todos los Hogares eran testigos de hasta dónde podía llegar su grado de servilismo ante ellos. El Hogar aguardaba más nervioso de lo que dejaba traslucir la llegada de los peticionarios. Siempre había sucedido así. Un Hogar no buscaba una familia. Se limitaba a esperar que una pareja de Procreantes ya formada acudiera a suplicarle que se uniera a su Unidad. El Hogar tenía perfecto derecho a rechazar a los Procreantes si así lo creía conveniente. No era frecuente que se produjera rechazo. Para un Hogar igual daba unirse a una Unidad que a otra. Los Procreantes eran todos iguales y siempre atenderían sus deseos con exquisito cuidado, como constituía su sagrada obligación. Aquel día se presentaron en la Comuna cientos de Procreantes. Todos los que una vez fueron sus hermanos y con los que no compartían otra característica que el momento de su nacimiento. Se trataba del día en que se formarían las nuevas Unidades Reproductoras. Solo existía una limitación para las uniones entre Procreantes y Hogares. Ninguno de los dos Procreantes de la asociación podía ser Hermano de Nacimiento. El Hogar se hallaba por encima de aquellos tabúes ancestrales, propios de los individuos sexuados. Él tan solo tenía que dar el visto bueno a la petición de su nueva familia.

Los dos Procreantes se mostraban muy asustados. Ambos llegaron enlazados por el talle. Aquel signo externo demostraba a las claras su nerviosismo. Siempre respetuosos, se postraron ante él y le pidieron al unísono, con una sola voz que brotaba de dos gargantas temblorosas, que se uniera a ellos para formar el Sagrado Vínculo que precedía a la Unidad Reproductora. Emplearon la fórmula tradicional y, al concluir su solicitud, con una doble vibración que resultó al Hogar sumamente divertida, permanecieron tendidos a sus pies con la vista fija en el suelo mientras aguardaban la temida y anhelada respuesta. El Hogar comprendía que para ellos aquel era un instante trascendental. Si él los hubiera rechazado habría llevado la desgracia a aquellos miserables, convirtiéndolos en unos parias aún mayores que los insignificantes individuos que ya veía en ellos. Pero el Libro Santo no consentía tales muestras de crueldad. Solo un error de protocolo o una falta de respeto por parte de los peticionarios habría hecho del rechazo una respuesta socialmente aceptable. No era el caso. Al Hogar le bastó con saborear la sensación de poder sobre aquellos desgraciados. Antes de contestar con la fórmula ritual, quizá divertido por ver a los suplicantes a sus pies, tan feos e insignificantes, se quedó observándolos durante unos instantes que a ellos les debieron de parecer eternos. Finalmente, cuando consideró que era innecesario seguirlos asustando, el Hogar habló:



Ilustración: Pedro Bel

—Os acepto. Servidme como es vuestro deber y no deshonréis a vuestra casta.

El Hogar se sintió orgulloso del modo en que declamó la fórmula aprendida hacía tanto tiempo. Aquel era uno de los instantes fundamentales en la vida de todo Hogar. No deseaba humillar a sus insignificantes futuros consortes, pero no pudo evitar que el sonido de su voz estuviera matizado por el timbre vibrante del orgullo que teñía sus palabras. Los dos solicitantes suspiraron tranquilos y el color de su piel viró hacia los tonos amarillos que indicaban felicidad. Resultaban un poco ridículos. El Hogar

estuvo a punto de reírse, pero prefirió mantener la compostura. Pobrecillos, se sentían tan nerviosos como si él hubiera estado a punto de rechazarlos. Se contaba que en alguna ocasión se había producido el rechazo. Pero ningún Hogar conocía a otro que afirmase haber rechazado a una pareja. Claro que entre ellos, los Hogares jóvenes, no existía ninguno que pudiera remontarse a otros tiempos lejanos. Quizá en el Hogar de los Hogares habría algún hermano maduro que pudiera contar iracundo el desplante de unos Procreantes idiotas y el rechazo consecuente. En realidad, resultaba innecesario añadir al nombre Procreante el epíteto idiota. ¿Acaso no eran un poco bobos todos los Procreantes? Al menos se los consideraba buenos. Y no tenía sentido burlarse de ellos por no poder situarse a la altura de un Hogar. Los Procreantes cumplían su función como siervos de los Hogares y miembros activos de la Unidad Reproductora, con lo cual bastaba.

Sus futuros consortes suspiraron aliviados tras la ceremonia de aceptación y el Hogar, condescendiente, les dio permiso para levantarse. Incluso consintió que su nueva familia se le acercase. Uno de los componentes de la pareja, admirado y agradecido, le confesó que le parecía muy hermoso y, seguidamente, se tomó la libertad de rozar uno de los brillante pliegues de su caparazón contra la piel de su brazo. El Hogar, irritado por la indiscreción, se apartó de golpe. El Procreante, enseguida, se echó a sus pies y suplicó su perdón.

—Perdóname, amado Hogar, no quería ofenderte. ¡Soy tan feliz porque te hayas unido a nosotros!

El gesto del Hogar se dulcificó. Aquellos seres resultaban ridículamente encantadores. Aceptó sus disculpas y les pidió a ambos que aquello no se repitiera sin su consentimiento. Los Procreantes, ¿qué otra cosa iban a hacer?, le agradecieron su amabilidad con grandes aspavientos.

«Amado Hogar», habían dicho. Sus nuevos compañeros resultaban muy graciosos con su tonta costumbre de enamorarse. Los Procreantes, todos tan feos y tan iguales entre sí, desarrollaban sentimientos de afinidad con algunos de sus semejantes y formaban pareja, embrión de la Unidad Reproductora, tan solo cuando se sentían enamorados. Lo curioso era que parecían considerar su amor extensivo al Hogar. También pensaban que este último debía corresponderlos, aunque comprendían que el afecto que un Hogar podía dedicar a un individuo cualquiera era muy distinto de los irracionales sentimientos desarrollados entre la casta inferior de los Procreantes.

Después de aquel día la vida del Hogar cambió. Junto con los Procreantes, se marchó a vivir en un Nido. La costumbre establecía que,

tras constituirse una Unidad Reproductora, sus miembros abandonaban sus respectivas Comunas para entrar a formar parte de la Sociedad Intermedia. Ya no eran niños sino que aspiraban a formar parte de la Comunidad de Adultos. Pero tampoco se habían convertido todavía en miembros de pleno derecho de la Sociedad. Para alcanzar ese punto primero debían reproducirse. Únicamente entonces se los consideraría adultos respetados por todos los de su casta. Los Procreantes quedarían al cuidado de las Comunas de niños, tanto de los retoños Procreantes como de los Hogares, así como de todos los asuntos materiales de la Sociedad. Los Hogares no se rebajaban a aquellas tareas tan burdas. Ellos, después de participar en la tarea de la reproducción, alcanzaban un estatus superior al de todos los demás. Solo entonces podían marcharse al Hogar de los Hogares, el paraíso de felicidad donde no tenían permitido el acceso los Hogares inmaduros ni ningún miembro, niño o viejo, de la pobre casta de los Procreantes.

El Nido era un buen lugar para vivir. Se trataba de una construcción convexa con tres habitáculos: la sala grande para el Hogar, el pequeño cuarto donde cohabitaban los Procreantes y el enorme salón común donde se pasaba la mayor parte del tiempo. El Nido en sí mismo no era ni más ni menos cómodo que las instalaciones de la Comuna. Lo que resultaba delicioso era la libertad de poder desplazarse a cualquier sitio y, sobre todo, el hecho de disponer en todo momento de los dos Procreantes para su servicio. Su nueva familia se mostraba dispuesta a hacer cualquier cosa que él pidiera. Su tiempo, sus esfuerzos, su compañía, estaban siempre al servicio del Hogar, su hermano, su ejemplo, su amo y señor. Los deseos de los dos Procreantes coincidían con los suyos. Ambos se mostraban satisfechos y complacidos sirviéndole en todo. No, aquellos amables Procreantes nunca deshonrarían las costumbres de su tonta raza.

El Hogar comprendía que, en ocasiones, abusaba de la buena voluntad de sus serviciales compañeros. Ellos nunca protestaban, jamas le replicaban ni retrasaban un solo instante el cumplimiento de cualquiera de sus órdenes o la simple expresión en voz alta de un deseo. No llegaba a arrepentirse de sus excesos y caprichos. Como todos los Hogares, se trataba de un individuo demasiado egocéntrico como para admitir un error. Tan solo de vez en cuando, como una muestra de magnanimidad, dedicaba frases amables a sus compañeros. Incluso en alguna rara ocasión prescindía de sus servicios durante un breve intervalo de tiempo, tanto para gozar de su propia libertad como, secundariamente, para otorgar, como una gracia especial, algo de tiempo a sus esclavos que les permitiera dedicarse a sí mismos, sus banales ocupaciones y sus estúpidas relaciones amorosas.

El Hogar, frecuentemente, se reunía con otros congéneres de su casta.

A algunos de los habitantes del vecindario los conocía de la Comuna Familiar y era costumbre recibir y rendir visitas a los diferentes vecinos. Aquello les servía a todos como distracción, pues les permitía compartir sus experiencias con individuos que se hallaban a su altura y no con los limitados Procreantes que los atendían. Por otra parte, las visitas les servían para alardear ante sus semejantes, demostrándoles lo bien que los cuidaban sus serviles compañeros y lo afortunados que habían sido escogiendo aquella Unidad Reproductora en vez de cualquier otra. Inevitablemente, cada Hogar consideraba su propia Unidad la mejor de las posibles, no tanto por la presencia en ella de unos Procreantes especialmente atentos sino por ser aquella de la que formaba parte él mismo, el mejor de los Hogares, centro incuestionable del Universo.

Así pasaban los Hogares sus días. Así transcurrían las jornadas en la vida de nuestro Hogar. Casi todas monótonas, de completa inactividad y hastío, salpicadas de caprichos y visitas con los que pretendían escapar del terrible aburrimiento de un mundo vulgar que no parecía diseñado para albergar espíritus elevados como el suyo. Día y noche soñaba con el instante en el que se produjese el acoplamiento de la Unidad Reproductora y la fecundación fuera un hecho. Entonces podría abandonar la Unidad y marcharse a vivir al Hogar de los Hogares, el lugar de fábula habitado por todos los Hogares maduros, los Hogares Padres, que se habían ganado el derecho de acceder a aquel paraíso elitista al margen de la monotonía y vulgaridad de la Comuna o el Nido.

Los días se sucedían invariables, pero eso no significaba que nada ocurriera. Para los Procreantes eran de total y continua actividad. De ridícula actividad, a los ojos de cualquier Hogar. Realmente los percibían como unos personajes lastimosos. Parecían satisfechos con su triste existencia como siervos del Hogar, pensando tan solo en engendrar sus propios Hijos para poder participar de las penosas labores que mantenían en funcionamiento aquella precaria comunidad que gobernaban. Pero, al margen de la rutinaria actividad de los Procreantes, los cambios, al menos los físicos, afectaban también al Hogar, cuyo volumen corporal se incrementaba de día en día, merced a los cuidados de su Unidad. El Hogar engordaba y su caparazón adquiría mayor volumen y resistencia, a medida que sus paredes se engrosaban. Los repliegues de su cubierta formaban elaborados rizos y espirales mientras el fino tegumento que la recubría adquiría tonalidades iridiscentes así como colores brillantes que se movían desde el rojo al violeta. También los Procreantes sufrían ciertos cambios. En su abdomen se iba desarrollando poco a poco el Germen, la partícula que cada uno de ellos aportaba a la reproducción. A la vez que todo su

organismo se preparaba para el acoplamiento, su piel se volvía de un color amarillo anaranjado, la muestra visible de la creciente, y estúpida, alegría que los invadía.

El Hogar no se sentía capaz de comprender el extraño humor de los Procreantes. Pese a todo el trabajo que desarrollaban, siempre se mostraban alegres, lo que demostraban dedicándole su estúpida y patética sonrisa cada vez que se dirigían a él. En raras ocasiones, el Hogar creía reconocer un atisbo de burla en la mirada de los Procreantes. Otras veces le parecía que lo observaban con lástima, como si pensasen que, de algún modo, debería envidiar sus intrascendentes existencias. Aquellas miradas que él interpretaba como de compasión solían producirse cuando el Hogar se comportaba de modo especialmente caprichoso o exigente. Nunca dudaban al cumplir sus órdenes, pero el Hogar llegó a convencerse de que aquel gesto que le dirigían era lo más cercano a una protesta que esos seres inferiores, incapaces de entender lo que significaba rebelarse, parecían capaces de demostrar.

El Hogar prácticamente había perdido la noción del tiempo. Solo se daba cuenta de su paso inexorable porque cada día había algún otro Hogar de la Sociedad Intermedia que desaparecía de su Nido después de haberse convertido en Padre. El Hogar envidiaba profundamente a aquellos afortunados que él llegó a conocer y que recién acababan de ingresar en el Hogar de los Hogares. Se consolaba pensando que algún día, pronto sin duda, él mismo pasaría a formar parte de la casta superior de los Hogares Adultos. También lo animaba pensar que los nuevos Hogares, aquellos que, acompañados de sus nuevas Unidades Reproductoras, sustituían en su Nido a los anteriores, tardarían aún bastante tiempo en alcanzar el Hogar de los Hogares que tan próximo veía para sí mismo.

Un día, sin previo aviso, sin que el Hogar hubiera notado un cambio sensible, los dos Procreantes se le aproximaron enlazados y, sumamente respetuosos, repitieron la vieja escena de postrarse a sus pies. El Hogar tenía claro lo que aquello significaba. A un breve instante de nerviosismo lo sustituyó el orgullo íntimo de saber que se encontraba ante la culminación de sus deseos. Condescendiente y satisfecho, escuchó con atención la frase ritual de sus Procreantes:

—Ha llegado el día. Estamos preparados y te suplicamos que, en tu infinita bondad, consientas en dar vida a nuestro Retoño.

—Acepto —dijo el Hogar, con la sencillez del formulismo que le tocaba pronunciar.

Era la hora. Bien se notaba en los Procreantes, cuyo tegumento se

había tornado de un color anaranjado al tiempo que sus prominentes vientres mostraban el tenue color rosado de la madurez. A su vez, el Hogar comprobó que en su caparazón acababa de aparecer el esperado dibujo de una roja estrella de siete puntas. Aquello significaba que, por fin, se había transformado en un Hogar adulto, capaz de dar la vida a los Hijos de la Unidad Reproductora.

El acoplamiento reproductor podía efectuarse. Al Hogar le causaba un cierto desasosiego saber que iba a fundirse en un estrecho abrazo con los Procreantes. Comprendía que aquello era necesario, pero le repugnaba en cierta medida el contacto con sus hasta ahora simples criados. Se sobrepuso al asco porque, al fin y al cabo, formaban una Unidad Reproductora y aquella era su función, además del único camino para ser admitido en el Hogar de los Hogares. Los tres pasaron a la que había sido habitación del Hogar. Aquella sala del Nido se llamaba Sala de Cría y la razón del nombre era que la unión se realizaba entre sus paredes. Los Procreantes, fieles a su costumbre, limpiaron la cámara concienzudamente y apartaron todos los objetos que el Hogar había acumulado en ella. Luego llegó el instante más sagrado del ritual. Los dos Procreantes se enlazaron y unieron los prominentes bultos rosados de sus vientres. Las dos protuberancias se fusionaron de un modo que parecía mágico por lo perfecto. Aquel nuevo bulto enorme situado entre los dos se convertiría en el Retoño de la Unidad Reproductora. Seguidamente, los dos Procreantes se aproximaron a su Hogar. Él los recibió en su seno, a la vez que entreabría el caparazón por primera y última vez en su vida. Los Procreantes comenzaron entonces su Cántico de Boda, que reflejaba cómo el Sagrado Vínculo era llevado hasta su fin último. Se trataba de un canto triste y hermoso. El Hogar sabía que nunca lo olvidaría. Los Procreantes, transportados por la emoción, parecían a punto de ponerse a llorar desconsoladamente. Su tonada se veía interrumpida por sus sonoros lamentos, una expresión de emotividad que el Hogar nunca había escuchado y tan solo conocía por lo que se le había contado en la Comuna. Ambos Procreantes le dedicaron una mirada llena de amor y conmiseración, semejante a la de otras ocasiones pero mucho más intensa. Parecían pedirle perdón, como si fueran a cometer algún crimen. El Hogar, incapaz de conmoverse, ya había desistido tiempo atrás de interpretar las extrañas reacciones de los Procreantes. Simplemente, trató de permanecer serio y concentrado, como exigía el ritual. Los Procreantes se fundieron con él en un estrecho abrazo. Al principio, el contacto ligeramente viscoso de sus blandos torsos contra su recio caparazón le resultó desagradable, pero la calidez de los tres cuerpos disipó pronto esa primera impresión. Un escalofrío, que le pareció semejante a una

cosquilleante corriente eléctrica, recorrió todo su cuerpo. También el de los Procreantes, cuyos vientres se abrieron y dejaron brotar dos formas ovoides de un color rojo intenso, brillantes y hermosas. Eran los dos primordios que habían de unirse para formar el Retoño. Ambos Gérmenes se fusionaron y su color se intensificó, al igual que lo hizo su brillo. La esfera recién formada era cálida y su tacto húmedo al tiempo que agradable. El Hogar, con un supremo esfuerzo, abrió su caparazón todo cuanto pudo hasta dejar una rendija por la que, movido por su instinto, el Retoño se introdujo con un sonido muelle. Un suspiro, que tanto podía ser de pena como de alivio, se elevó desde la garganta de los Procreantes. Parecía su modo de celebrar el éxito de la misión, igual que tiempo atrás había sucedido al ser aceptada por el Hogar la Unidad Reproductora. El caparazón del Hogar se cerró y quedó sellado como si en él jamás hubiera existido la más mínima abertura. Un calor intenso pero placentero invadía el cuerpo del Hogar, partiendo desde el Retoño y el caparazón hasta llegar a su piel y el final de sus extremidades.

Los Procreantes se apartaron de su lado y se quedaron frente a él, guardando una cierta distancia. Ambos lo contemplaban con su cara de infinita lástima. Una pena infinita, superior a la que le habían dedicado en otras ocasiones. El Hogar no alcanzó a comprender plenamente el significado de aquellos gestos. No entendió cuando los Procreantes se postraron ante él. Ni cuando iniciaron un canto lúgubre y triste, más hermoso que el de Boda, pero también considerablemente sombrío. Nunca llegó a saber que se trataba de un Cántico de Muerte. Tampoco comprendió cuando los dos Procreantes, al unísono, le dirigieron una fórmula ritual, mezcla de súplica y disculpa, que el Hogar no conocía:

—Perdónanos. Enorgullécete de nuestros Hijos y reúnete con honor con tus antepasados en el Hogar de los Hogares.

Las voces sonaban lastimosas, cargadas de pena. Pero el Hogar, aunque intuía algo extraño, no parecía capaz de entender. Mientras aquella escena se desarrollaba ante sus ojos, no era en absoluto consciente de lo que le estaba sucediendo ni menos aún del previsible desenlace. Notaba que el calor que brotaba de lo más profundo de sus entrañas, justo del lugar donde había sido aceptado el Retoño, se intensificaba hasta llegar a ser doloroso, provocándole una creciente quemazón. Sentía también cómo una extraña rigidez se iba apoderando de sus extremidades. Cuando quiso darse cuenta, comprobó que ya no podía moverse. Pudo contemplar, puesto que la vista aún le funcionaba, cómo su piel se tornaba de un color gris metálico que nunca había tenido. Luego, poco a poco, dejó de ver. Pudo escuchar las últimas notas del breve cántico que los Procreantes entonaban a su lado,

aunque parecía que sus voces procedían de muy lejos. El sonido se fue atenuando lentamente, sustituido por un extraño zumbido que parecía proceder de lo más profundo de su cerebro. Lo último que sintió fue una especie de estallido en su interior, una ola de energía que brotaba desde sus entrañas y se extendía por todo su cuerpo entumecido. Pudo vislumbrar, con su último atisbo de sentidos, la intensidad de la radiación que se extendía por su cuerpo. Su sensor de radiaciones nunca había percibido nada parecido. Progresivamente, aquella sensación energética se fue extinguiendo, dejando en el fondo de su consciencia una leve sensación de amargor. Al cabo, todas las sensaciones desaparecieron. Luego ya no hubo nada. El cuerpo rígido del Hogar brillaba metálico, enrojecido por la fuerte radiación que albergaba en su interior. Ningún hálito de vida, al margen del Retoño en crecimiento, quedaba en aquel hermoso caparazón. Los Procreantes, tristes y emocionados, lloraban mientras entonaban nuevamente el lúgubre Canto de Muerte, pobre homenaje ante el sacrificio de su Hogar que permitía el alumbramiento de una nueva vida.

El Hogar murió sin saber lo que le sucedía, convencido de la superioridad de su raza y de que, tras aquel instante extraño de sensaciones confusas, lo aguardaba el paradisíaco Hogar de los Hogares, donde se reuniría con sus mayores. Si tal lugar existía y el Hogar llegó hasta él, es seguro que no se trataba de una parte del mundo que él conocía.

Los Procreantes lloraron durante horas, mientras velaban el cadáver de su compañero. El Hogar estaba muerto, pero dentro de la carcasa de su cuerpo se empezaba a desarrollar un acontecimiento milagroso. El caparazón del Hogar era una suerte de reactor donde se estaba liberando la enorme cantidad de energía necesaria para convertir al minúsculo Retoño en varios seres vivos semejantes a sus progenitores. La herencia proporcionada por los Procreantes no era suficiente para constituir vida en sí misma. Resultaban necesarias las violentas reacciones termonucleares que se llevaban a cabo en el interior del Hogar, el depositario del Retoño, para que la vida tomase forma. El milagro de la vida necesitaba del caparazón del Hogar para llevarse a término. El duro exoesqueleto era imprescindible para contener la radiación que podría matar a toda la Unidad Reproductora. La energía liberada convertía al simple Retoño en nuevos Procreantes y Hogares. El sacrificio del Hogar proporcionaba vida a la Comunidad.

Es cierto que los Hogares se comportaban como seres engreídos y prepotentes, convencidos de su superioridad. Eran justamente los Procreantes quienes consentían y alimentaban tales aires de grandeza. Sentían tanta pena por sus hermanos que, sabiendo cuál era su triste

destino, les ocultaban la verdad de su papel en la reproducción a la par que los hacían soñar con un futuro brillante al lado de sus mayores. Los malcriaban, consintiéndoles todos los caprichos y dedicándoles su plena atención. Consideraban que era lo menos que podían hacer por ellos. Puesto que iban a morir muy jóvenes, tan pronto como se produjeran el abrazo fatal y la transferencia de los primordios seminales de ambos Procreantes, merecían sentirse felices e importantes hasta entonces. Sus consortes Procreantes sobrevivirían al alumbramiento. Podrían cuidar de los nuevos niños y dedicar todo su tiempo a vivir para ellos mismos. Los Hogares no tenían otra cosa que sus breves existencias. Ni siquiera transferían su herencia a los hijos. Se trataba de simples depositarios de la vida, meros trasmutadores de materia.

La carcasa del Hogar mantenía su color gris brillante. Al contacto era cálida y suave. Parecía increíble que, dentro de aquella inocente superficie, se estuvieran desarrollando violentas reacciones. Mientras duró la metamorfosis, los dos Procreantes velaron al muerto y rezaron a sus dioses para que su espíritu se reuniera con los demás Hogares en su Hogar del Más Allá y para que, desde allí, todos los espíritus de sus hermanos favorecieran el éxito del sacrificio.

Dos semanas después de la muerte del Hogar, su caparazón comenzó a resquebrajarse. Solo se abrió lo suficiente para que un huevo grisáceo se deslizase desde su abdomen hasta el suelo. Al quebrarse su cáscara, una bolsa membranosa de color amarillo quedó expuesta a los ojos de los Procreantes. Pequeños bultos palpitantes parecían bullir en su interior. El parto había tenido lugar. La carcasa empezó a contraerse sobre sí misma hasta ocupar un mínimo volumen. Más tarde fue retirada y enterrada en el lejano cementerio de los Hogares, para que la Comunidad quedase a salvo de las filtraciones de energía que, en otros tiempos, hicieron daño a algunos niños. También para evitar que ningún Hogar tuviera oportunidad de atisbar su futuro.

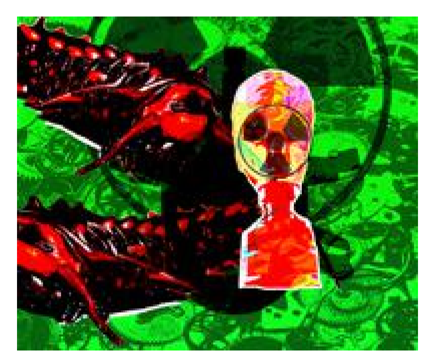


Ilustración: Pedro Bel

El amasijo amarillento contenía los bebés. Si el Hogar hubiera sido capaz de ver lo que albergaba su vientre, se habría sentido orgulloso. Dentro de aquella bolsa amarilla se alojaban seis nuevos individuos: dos Unidades Reproductoras completas. Aquello resultaba extraño y maravilloso. Tan solo uno de cada diez o doce alumbramientos proporcionaba gemelos: dos Hogares y cuatro Procreantes. Los Procreantes eran los padres de las criaturas, pero únicamente la energía del Hogar permitía desarrollar los tres hijos o, como en este caso, los seis, por duplicación de la Unidad Reproductora recién formada. Los nacimientos normales servían para completar el recambio generacional. Los alumbramientos múltiples —en general gemelares, rara vez se había visto un nacimiento de tres Unidades Reproductoras a la vez— posibilitaban la reposición de las Unidades malogradas, por enfermedad o errores de desarrollo mientras se formaban dentro del cascarón, y permitían el crecimiento de la población. En este caso los Procreantes se sentían sumamente satisfechos. Se habían convertido en padres por partida doble. Podían considerarse afortunados. El sacrificio del Hogar había resultado fructífero, no meramente necesario.

Los niños fueron inmediatamente separados: los cuatro Procreantes pasaron a su correspondiente Comuna Infantil. Los dos Hogares fueron depositados en la suya propia. Ninguno de ellos llegaría a saber quiénes fueron sus padres, aunque quizá alguno llegó a ser cuidado por los dos Procreantes que lo habían engendrado. En los archivos sí se conservaría la información de su nacimiento necesaria para evitar un cruce entre hermanos Procreantes. Ojalá que los hermanos Hogares tuvieran la fortuna que acompañó al Hogar que los alumbró. El futuro lo diría. Un nuevo ciclo vital había comenzado. Entretanto, cabía esperar que los Procreantes aprenderían sus deberes para con sus pobres hermanos y que los Hogares fueran felices hasta que llegase su triste hora.

Juan Luis Monedero Rodrigo (Madrid, 1971). Biólogo y profesor de enseñanzas medias en un instituto de Móstoles (Madrid, España). Escritor en los ratos libres, que nunca son los suficientes. Con dos libros publicados, la novela «Vida de Uftar» (Ed. Lacre 2016) y el libro de relatos «Mínima verosimilitud» (Ed. Adarve, 2018), así como una infinidad de textos sin publicar (o autopublicados). Redactor y responsable —o, cómo él dice, "perpetrador"— de la revista literaria «El despertar de los muertos», con más de veinte años a sus espaldas. Más información en la página de la revista o en el blog https://juanluismonedero.wordpress.com/. Nos dice: "Cultivo casi todos los géneros aunque, vocacionalmente, siempre me ha encantado el relato breve, en particular dentro de géneros como la ciencia-ficción, la fantasía, el terror o el más puro surrealismo".

La alergia de Nilo Comodore

Nicolás Viglietti

 **ARGENTINA**

Dedicado, con respeto y cariño, a Fredric Brown.

—A ver, empiece a hablar.

El tipo tenía los pelos largos y desordenados encima de toda la cara. Lo único que se le podía ver eran las manos, esposadas a la mesa de interrogación. El acero de las esposas contrastaba terriblemente contra las muñecas huesudas del pobre diablo. Feinz le había dicho a Molle que no le tuviera piedad, y no era costumbre tenerla con asesinos seriales como éste tipo.

—Mire amigo, podemos hacerlo simple o complicado, depende de usted. Si yo fuera usted, lo haría simple. Por mi propio bien, ¿Vio?

Por la estatura que tenía estando sentado, estaba casi seguro que era un tipo grandote: espalda angulosa, cabeza alta. Larguirucho, digamos.

—Bueno, vamos a empezar por su nombre. Mi compañero me dice que no tiene documentos con usted. ¿Quiere decirnos su nombre?

Se sacudió la cabeza para atrás, quizás para que el flequillo no le jodiera tanto la vista. Tenía unas ojeras profundas y la mirada cansadísima.

—Me… me llamo Nilo. Nilo Comodore.

—¿Es italiano?

—No, Argentino.

—¿Es hijo de italianos?

—No, mis padres eran…

—Porque su nombre suena tano. Pero bueno, “Nilo”, digame qué hacía en esa habitación de hotel rodeado de tanta gente despedazada, si me hace el favor.



Ilustración: Pedro Bel

El tipo estaba claramente incómodo, pero no era eso lo que me molestaba particularmente. Estaba vestido con un traje ajado, de esos que usan los muertos de hambre que hacen changas en la nueve de julio o los oficinistas en las casas de préstamos. No daba indicaciones de ser el tipo de persona capaz de descuartizar a tres más en una habitación simple de hotel, sin que nadie escuchara ni un solo sonido, pero ninguno de los enfermos capaces de hacer algo así lo parecían.

—No… no es fácil de explicar.

—Puede empezar por el principio, Nilo. Todo se puede explicar. Vamos a algo bien básico, ¿Cómo llegó a ese hotel?

Los dedos estaban pálidos y amarillentos, como si fuese un fumador compulsivo.

—No lo recuerdo exactamente.

—Bien…— Molle sacó un cigarrillo del atado y le ofreció el paquete con un gesto. El acusado quitó uno con dedos temblorosos y lo guardó en la palma de la mano —Vamos a otra cosa, entonces. ¿Conocía a las víctimas?

El encendedor del policía sobresaltó al acusado, que observó con ojos pequeños y brillantes como bolitas de vidrio la brevedad de la llama mientras encendía el cigarrillo. Se colocó el suyo en los labios y, con un gesto, pidió fuego. Volvió a saltar en su lugar de nuevo, aunque esta vez no hubo tanta sorpresa como la primera vez. Aspiró con fuerza mientras el tabaco se encendía en brasa, admirando el fuego en la llama.

—No.

Molle era policía de la vieja escuela. No tenía apuro y mucho menos se desesperaba ante psicópatas como éste tipo. Había visto mucho en su oficio, desde que comenzara como cadete hacía unos cuantos años atrás, y si algo había aprendido era a tomarse las cosas con calma. Era la única forma de poder tragarse todas esas situaciones cruentas y despiadadas a las que se veía expuesto día a día. Como éste tipo, sin registro ni señas

particulares que coincidiera con los criterios de búsqueda.

—Bien, vamos llegando a algo. ¿Qué es lo que los llevó a matarlos?

El tipo exhaló una nube de humo gris a través del flequillo desprolijo y largo. Molle no pudo evitar notar los nudillos quemados y cicatrizados por el frío, las mejillas de carácter crispado, los labios ajados de tanto pasparse.

—Si le dijera, oficial, no me lo creería.— contestó. Sin sobrar, sin orgullo falso. Con un cansancio bastante grande y abultado.

—Pruébeme.

Molle recordaba el día en que su padre tuvo que decirle que su madre estaba enferma de leucemia. El hospital donde la vieja estaba internada era horrible como todos los sanatorios, con ese olor a desinfectante que se impregna a todo y la pulcritud de las enfermeras mezclada con la necesidad de pelarse los nudillos contra la pared. Recordaba ese día porque él era pequeño y la mirada que le estuvo echando su padre durante medio día era esa misma que tenía ahora el flaco delante de él: lo estaba midiendo. No sabía si podía manejar la información que quería decirle.

—No, olvídelo.— dijo el tipo, echando ceniza en el cenicero de metal y sacudiendo un poco el flequillo de la frente. —No voy a decirle nada.

El policía levantó una ceja. Carraspeó antes de hablar.

—Le conviene colaborar. Sabe eso, ¿Verdad?

Nilo asintió lentamente.

—Las condiciones en las que lo encontraron lo incriminan directamente, señor Comodore. Le recomiendo que nos facilite el trabajo a nosotros y al fiscal para no demorarnos mucho tiempo más.

—No tengo nada que declarar. Simple como eso.

Molle buscó entrar en su campo de visión.

—Usted sabe que no puede escapar una condena en las condiciones en las que está. Podría pedir un abogado… —Molle inclinó levemente la cabeza hacia un lado, a la vez que fruncía el ceño. —¿Qué se trae entre manos?

El acusado sonrió con cansancio. Parecía que hubiera boxeado contra King Kong.

—No me traigo nada entre manos, oficial. Dispongan de mí como mejor les parezca.

Molle se alejó para verlo en silencio. El humo de la colilla se desprendía en un hilo finísimo que subía hasta arremolinarse en una nube

azulenca de tabaco. La luz cruel de la lámpara sobre la mesa de interrogación, el traje ajado y maltrecho del acusado, la palidez de los dedos manchados de nicotina. Había algo extraño, muy extraño. Molle, como todo investigador viejo, le prestaba mucha atención a los instintos, y ahora los suyos le decían que ese tipo que estaba jugando a hacerse el muerto no tenía nada que ver con los muertos con los que lo habían encontrado. Los muertos eran decoración. Había algo más de fondo. Algo *grande*.

—Llévenlo a la celda. Veremos qué arrojan los peritos cuando vengan los resultados de la habitación donde lo hallaron, Comodore.



Ilustración: Pedro Bel

—De acuerdo.

Sorbió audiblemente por la nariz y, por un momento, a Molle le pareció ver una expresión de pánico en su rostro. Pero fue solamente un momento para reasumir su posición de cansancio y languidez.

—Oficial, ¿Podría pedirle un antihistamínico? O algo para la congestión. No quisiera resfriarme.— repuso con tranquilidad y educación.

—Veremos qué puede hacer el médico de la prisión, Comodore. Va a pasar un largo rato acá, quédese tranquilo.

La prisión en la que dormía Comodore era una simple y maltrecha, de pocas celdas y de paso transitorio para convictos que esperan la condena o el juicio. No era un penal ni una penitenciaría, donde los reclusos se cuentan por centenares y tanto las autoridades como los presos se esfuerzan por hacer cumplir todos los clichés que existen acerca de las prisiones. Aquí, en cambio, el tipo era el único encerrado en una docena de celdas que acumulaban polvo y silencio.

Cuando la puerta que el guarda custodiaba comenzó a abrir los cerrojos con un rechinar de llaves, Nilo sabía que venían por él. Pero más aún, sabía quién venía. No era la primera vez que se encontraba con alguien como aquel policía, y sabía que no cejaría hasta poder sacar algo en claro

de todo ese asunto.

Se sentó lentamente en la litera, mientras Molle esperaba, del otro lado de la reja, que el centinela terminara de abrirle la puerta de la celda.

—¿Quiere que me quede aquí, señor? No parece peligroso, pero sigue siendo un homicida.

—No se preocupe— dijo Molle —Lo llamo si lo necesito, ¿Sí?

El guarda asintió, cerró la puerta de la celda tras él y se fue a la caseta de control con su compañero.

—Sabía que volvería, oficial.

Molle suspiró de cansancio. Sentía que había caído en un jueguito perverso de un homicida serial. Por un momento, pensó que estaba jugando, bailando al compás de lo que este tipo quería, y eso hizo que se sublevara con gran enojo: ¿Quién mierda se pensaba que era para manipularlo así?

—¿Por qué lo sabía, Comodore?

—Porque usted es inteligente — dijo Nilo, sorbiendo moco por la nariz aguileña —Llegó a esa posición dentro del cuerpo de policía por eso mismo: es astuto, y ve cosas donde el resto no las ve.

Molle se acercó el único banquito que había en la celda y se sentó. Sacó un cigarrillo del paquete, sin ofrecerle otro a Comodore esta vez, y dejó que la pausa que hacía se asentara antes de volver a hablar.

—Empecemos de vuelta, ¿Quiere? — repuso on el ceño fruncido — Mi nombre es Guillermo Molle. Soy el investigador a cargo de su caso.

—Mucho gusto, Guillermo. — dijo Comodore con la voz tomada.

—Mi trabajo es buscar la causa de esas tres personas muertas en la habitación del hotel. Comencemos por los detalles, ¿Quiere?

Molle sacó una carpeta con varias hojas mecanografiadas. Abrió y empezó a leer en la macilenta luz de la celda.

—Norma Miere, viuda de Olsmann. Se hospeda en la habitación de al lado en la que los encontraron, es decir, la 205. Causa de muerte probable: desangramiento por decapitación. También se le removió el antebrazo y un tobillo.

Molle hizo una pausa para mirar a Comodore. A través del humo nebuloso que bajaba en la celda se lo veía sereno.

—Ernesto Menéndez. Obrajero. Se encontraba trabajando en la reparación de las cañerías del edificio. Esa semana, había comenzado a trabajar en el segundo piso, donde está la 204, la habitación donde lo

encontramos. Causa de muerte probable: asfixia. La tráquea estaba aplastada. Se le removieron, post-mortem, cuatro metros de intestino, el bazo y un pulmón.

Volvió a hacer una pausa, pero Comodore le sostenía la mirada mientras él leía sin un ápice de emoción.

—Adela Damiani, prostituta. Solía usar ese hotel para trabajar con sus clientes eventuales. Causa de muerte probable: trauma contundente a la cabeza. Pudimos identificarla por las huellas, pero de la señorita Damiani no quedaba ni un pedazo de hueso entero de la cabeza. Era casi como si le hubiesen reventado el cráneo con una maza.

Comodore simplemente pidió:

—¿Me daría un cigarrillo?

—No, no le voy a dar un carajo — Molle dejó el informe de lado —Se da cuenta de lo que hizo, ¿Verdad, Comodore? No hay forma de que salga de ésto.

El recluso levantó las cejas en gesto de decepción.

—Oficial, usted no tiene que recurrir a estas frases hechas para amedrentarme, porque además de cansinas no sirven para nada.

—¡Se va a pudrir en la cárcel, Comodore! — Molle exclamó, iracundo —No sé qué piensa que es la cárcel, no se si cree que puede escapar de esto o si simplemente no le importa, pero no va a salir en su puta vida de la cárcel. Por este tipo de crimen lo van a mandar a Usuhaia, con los subversivos y los locos peligrosos. ¿Quiere terminar su vida cagándose de frío allá?

Nilo se pasó las manos por la cabeza,tirándose el flequillo para atrás.

—Mire Guillermo, usted no está enojado por el crimen. Usted está molesto porque no puede explicarlo. Conozco a los investigadores como usted.

El policía volvió a sentarse, molesto.

—Hagamos un trato, si adivino unas cuantas cosas que tiene en ese informe y que todavía no me dijo, me da un cigarrillo. Si usted adivina algo de mí, voy a ir contestándole preguntas.¿Quiere?

Guillermo le lanzó una mirada de odio.

—Esto no es un juego, Comodore.

—A ver, empecemos: no encuentran registro de mis huellas o mis dientes en ningún lado. Soy un don nadie. No existo. Buscaron hasta en el registro de inmigrantes para ver si había pasado por el puerto, pero no. No

aparezco en ningún lado.

—Eso no tiene nada de extraordinario. Hay muchos inmigrantes ilegales que se suman todos los días y personas que viajan de acá para allá. Por el acento, ni siquiera puedo ubicarlo de dónde es.

Comodore se rió levemente.

—Bueno, vamos con otra: no saben cómo hice lo que creen que hice. Esas tres pobres personas no tienen una sola huella dactilas mía en todo el cuerpo, además de que no encontraron ningún objeto u arma en la habitación o sus alrededores que pudieran haber sido usados como herramientas para el crimen. ¿Estoy en lo correcto?

Molle seguía mirándolo enojado, pero sacó el paquete de cigarrillos y le ofreció uno. No pensaba desperdiciar la oportunidad que le estaba brindando este hombre que, de repente, se había puesto a hablar.

—Podés seguir.

—Pero además se preguntan cómo fue que hice todo lo que supuestamente hice sin emitir un sólo sonido. Seguramente, muchos de ustedes culparán a las paredes gruesas del hotel, que ya estaba un poco viejo, para ser francos. Pero también piensan que soy un sádico y me tomé mi tiempo para con cada víctima.

—Ahí te equivocás un poco.— señaló Molle —Lo que sabemos por los testimonios de los otros inquilinos del hotel es que Menéndez contrataba los servicios de Damiani siempre que cobraba la quincena, y según el dueño le había pagado ayer. Entonces, Menéndez y Damiani están en la habitación haciendo lo suyo y Miere, que es una vieja quejosa y siempre le chilló al dueño del hotel por el ruido que metía el albañil cuando se revolcaba con prostitutas, va a quejarse directamente a la habitación.

Nilo asintió, mientras inhalaba una larga pitada.

—Llega hasta la puerta y golpea. — dijo Comodore, como recordando —Golpea mucho, porque está enojada y harta de escucharlos coger. Es tan, pero tan insistente, que Ernesto tiene que levantarse a ver qué pasa. La atiende semidesnudo y empiezan a putearse en la entrada de la habitación: la vieja en voz baja porque tampoco quiere llamar la atención de alguien más, pero Ernesto está harto y grita un poco…

Molle escuchaba atentamente lo que creía que era un recuerdo.

—¿Entonces entró de un empellón en la habitación? ¿Los empujó?

Nilo exhaló un poco de humo.

—No, yo desperté en esa habitación rodeado de tres muertos. Sólo

estaba imaginándome la escena.

Molle lanzó la carpeta hasta el piso, enojado.

—Es exasperante, Comodore. Lo sabe, ¿Verdad?

El preso se sonrió.

—Mire, usted me cae bien, Molle. Sólo está tratando de hacer su trabajo lo mejor que puede, y lo comprendo. Pero no hay necesidad de todo esto, porque yo no maté a sus muertos ni hay forma de demostrarlo, por más obvio que parezca.

—Estaba en la habitación rodeado de los muertos. No hay que ser muy suspicaz para sumar dos mas dos…

—…Y que le de cinco — completó Comodore —Guillermo, hay un problema muy básico con su razonamiento. Usted no está considerando lo extraordinario.

—¿Qué?

—Ya sabe, lo inesperado, lo que no sucede, lo que se sale de la norma. Lo extraordinario. Si las soluciones que usted busca no están dentro de los campos de la lógica y la deducción, ¿No cree que sería prudente pensar en alternativas increíbles?

Esta vez fue Molle quien se rió con sorna, mientras levantaba la carpeta del informe del suelo y comenzaba a incorporarse para irse.

—Ahora me está tomando el pelo. Es un enfermo, ¿Lo sabe?

—No tiene que amenazarme, Molle, no le estoy diciendo más que alternativas a su razonamiento.

—No, me está queriendo pasear con su discursito. ¿Qué me va a decir? ¿Que apareció de la nada en esa habitación? ¿Que no es culpable de nada de lo que sucedió a su alrededor?

—Exactamente, Molle.

El policía golpeó la reja, recostado contra el hierro de la entrada, para que el guarda fuera a abrirle la celda. Miró hacia el preso con ojos inquisidores.

—Volveré.— lanzó, mientras el guarda le abría la puerta y lo dejaba del lado de los libres.

—Oh, estoy seguro que sí. Una cabeza como la suya no puede descansar en un mundo sin respuestas.

—No piense que me conoce, Comodore. Usted es un pobre loco que delira. Cuando los médicos nos hayan dado su calificación psiquiátrica y

lleguen los resultados de los peritajes, va a caer por el propio peso de sus actos.

Nilo apagó la colilla del cigarrillo en el piso de la celda.

—Estaré esperándolo, Molle, no se preocupe.

***

Molle llegó a su casa, besó a su esposa y a sus hijos, volvió la mirada hacia la radio que contaba los resultados de los partidos que no podía ver ni escuchar. La cabeza la quedaba lejos y la mirada, en el cenicero. Comió en piloto automático y se paró frente a la ventana, a fumar un poco la digestión.

—¿Te pasa algo? — le preguntó su esposa mientras lavaba los platos.

—No, nada. Tengo que salir nomás.

—Día largo en el trabajo, ¿No?

Molle no contestó. Sabía perfectamente que Nelda era mucho más inteligente que él y que, seguramente, si le presentaba el caso como él creía que iba, ella encontraría la solución a ese problema. Pero el orgullo le impedía abrir la boca, no porque ella fuera su esposa o siquiera porque fuera mujer (no creía en ese tipo de prejuicios pelotudos de disminuír al otro con cosas que nada tienen que ver con la sesera). No, no era eso: era que él tenía que ser quien desanudara el quilombo.

Se dio vuelta para ver que ella terminaba de secar el último plato en silencio, con una sonrisa de preocupación en los labios y el brillo remanido del cansancio en los ojos. Dos chicos no eran poca cosa para una madre que pasaba casi todo el día sola.

—Es sólo este caso — dijo, bajando un poco la guardia —Siento que este tipo no me está mintiendo, pero me está escondiendo algo. Algo muy grande.

Nelda también conocía a su esposo y sabía que él quería terminar el caso sólo, sin ayuda de nadie. Acomodó un poco la camisa y le acarició los hombros.

—Seguramente vas a encontrar lo que te está pasando desapercibido. Sos capaz de hacerlo, estoy segura— dijo, y le dió un beso rápido antes de irse a tender la ropa en el balcón —Si pasás por lo del tano de la esquina y está abierto, traeme un poco de chocolate, si ya cobraste. ¿Dale?

Molle asintió con la cabeza y se puso el saco y el sombrero. Estaba realmente molesto y cansado por el caso, pero Nelda era tan amorosa que no podía más que ablandarlo un poco. La rodeó con un abrazo desde atrás,

aspiró el perfume de su pelo y le dio un beso en la mejilla.

—No voy a demorarme mucho.

—Cuidate ahí afuera.

El edificio donde vivía era uno de esos nuevos armatostes rectangulares de seis pisos, con un ascensor en el medio de las escaleras que avanzaba lentamente cuando los viejos lo tomaban. Subía tan lento que nadie que pudiera subir un par de pisos con sus propias piernas lo tomaba. Ese departamento relativamente nuevo estaba destinado a viejos pensionados y trabajadores solteros: pocas habitaciones hacían que una familia como la de él tuviera que apretarse para vivir sin toserse en la nuca del prójimo. Sin embargo, era una decisión en firme: el breve alquiler del lugar le permitía seguir manteniendo gustos y pagarle la escuela a los chicos. El mate, el café, los cigarrillos. Una salida al cine cada tanto. Una fija en los caballos cuando tenía tiempo. Todos vicios son control que, en una casa, eran inviables.

Las calles que rodeaban al edificio eran calles de barrio tranquilo, donde el alumbrado público todavía era en su mayoría de faroles achacosos y linternas quemadas que retrucaban la luz con espejos. Los almacenes de ramos generales estaban siempre abiertos hasta tarde, porque los laburantes de turno noche o los que llegaban del obraje a esa hora podían sumarse a tomar un vinito con el almacenero y hablar al pedo, capaz timbear un poco. A Molle la caminata siempre le servía y esa noche, sobre todo, pisar los adoquines y las veredas meadas por los borrachos tempranos le calmaban el dolor de cabeza más rápido que cualquier remedio casero.

Se puso un cigarrillo en la comisura de los labios y lo encendió con bronca. ¿Quién mierda se pensaba que era ese tipo? Era un pobre gil que había tratado de matar a tres personas y lo habían agarrado. Era un estúpido, un roto de mierda que se burlaba de él porque la burla era todo lo que le quedaba. Pero no, desde el fondo de la cabeza salía el *pero no, no puede ser*. Porque si fuera realmente el asesino de estos pobres diablos había varios detalles que no concordaban, como que el tipo no tuviera una sola huella en toda la habitación y que no hubieran encontrado ni una sola herramienta de las que usó para matar a sus víctimas. Pero ¿Quién dijo que lo había hecho?

—No hay otra puta forma, me cago en Dios.— se contestó a si mismo en

la vereda, arrancando una nubecilla de humo de tabaco. La garganta le ardió un poco por hablar desde el humo, pero no le

importó. El tipo había salido de la nada, del propio aire. No había otra forma. No encontraba cómo hacer encajar todo eso.

A ver, pensemos bien la hipótesis más probable. La puta tenía un novio o varios novios, los novios de las putas siempre son celosos porque los celos muerden con más fuerza a los que se hacen los liberales. Especialmente a los novios de las putas, que se piensan que tienen todo resuelto pero lo único que tienen hecho percha son los nudillos de tanto golpear la pared cada vez que un cliente pasa al cuarto con su piba. Bueno, el Don Nadie este es el novio de la puta. Se cansó de que la mina hiciera todo eso y fue a matarle el cliente, un pobre pichi que solamente quería ponerla e irse a dormir. Capaz tomarse una cervecita y nada más. Y en el medio del maneje llega la vieja hinchabolas de al lado a quejarse, eso, llega a quejarse, la puerta quedó abierta porque el tipo entró enojado, y lo ve todo la vieja. Pero como es una vieja hinchabolas que lo único jodido que vio en su vida es un inodoro tapado, se queda helada. El tipo seguro ni la nota, pasa el tiempo y la vieja no se mueve por miedo o por asco o andá a saber qué siente la vieja. El tipo ve la vieja y se mueve rápido, rapidísimo, la despacha enseguida y tiene que entrarla al cuarto para que nadie lo vea.

Todo perfecto, piensa Molle. Tenemos un móvil, tenemos una causa probable, tenemos un medio. Lo que no tenemos es un porqué. Los peritos dijeron que para decapitar a la vieja así hubiese necesitado una guillotina, poque el corte es bien limpio. También, que la piba parecía cagada a trompadas con una maza de las que usan para levantar veredas…

Molle se recuesta abajo del farol. Del almacén del tano sale un chamamé. Al tano le gusta el chamamé y tomarse un Ginebra Llave con los pocos amigos que sigue teniendo. *No tiene sentido*, le dice su propia cabeza a Molle. ¿Por qué alguien cambiaría de arma para matar a dos personas? ¿Cómo puede ser que un tipo larguirucho y flacuchento como ése redujera a un albañil, a una vieja y a una prostituta él sólo? No tiene sentido. Nadie cambia de arma para matar a tres personas diferentes que tiene que reducir sólo. La única razón por la que podés reducir a esta gente y cambiar de arma es si el arma que tenés no sirve, y tenés que improvisar con lo que tenés a mano. *No tiene sentido* le vuelve a decir la cabeza a Molle, y tira la colilla a la calle con molestia.

Empieza a trotar hacia el almacén para no demorarse. Piensa en que ya llegará el momento en que podrá resolver este caso, que ahora lo que realmente no tiene sentido es amargarse por un enigma que, claramente, no está preparado para resolver. Está muy quemado, muy cansado, y necesita acostarse a dormir y una buena ducha.

El almacén es un lugar simple y típico: grandes tarros de cristal donde se apila lo que el tano vende suelto, estanterías llenas de botellas de colores para los borrachines de que bebían alegremente, el mostrador de madera gastadísima, la balanza y la fiambrera colgando del techo. Un sólo foquito arroja la luz amarillenta sobre todos y aparecen, como de la nada, las heladeras de madera que rechinan como muelas gigantes con bruxismo y las paredes, de ese verde brócoli tan feo. Cuando Molle entró, el tano se estaba riendo de un chiste, vaya a saber de cuál.

Tres parroquianos lo acompañan y se ríen con él: cuando Molle entra, se enderezan y se ponen tiesos. Saben que es policía y eso los pone incómodos porque, por más que no estés haciendo nada malo, es sabido, la policía te puede llevar por cualquier cosa. Y aunque emborracharse no es ilegal, las cosas que uno hace borracho pueden irse hacia lo ilegal muy rápidamente. El tano, en cambio, lo conoce perfectamente, y esa noche como todas las noches que lo ve lo saluda como lo que realmente es: un padre de dos y marido de una que salió a comprar chocolate y a tratar de encontrarle solución a algo. El tano lo conoce y sabe que si lo ve, es porque está tratando de resolver algo del trabajo.

—¿Todo bien, Gugliermo?— dijo el tano, mientras le acercaba un vaso con un fondito de Ginebra.

—Si, todo bien. ¿Te quedó chocolate del que lleva la patrona?

—Si, siempre.— dijo el Tano, mientras sacaba de abajo del mostrador unas cuantas barras. —¿Qué pasó, jefe? Tiene cara de preocupado.

—Nada, cosas del trabajo — dice Molle y saca la billetera —¿Cuánto es?

—Nada, nada. Llevalo, después me lo pagás. — dice el Tano, y enseguida apura. —Es más: si resolvés ese caso, te lo dejo gratis.

Molle se quedó helado al escuchar eso, principalmente porque ni el Tano ni ninguno de sus parroquianos sabe qué es lo que hace él en la policía. Es más, el Tano varias veces jodió con que cuidaba autos o perseguía ladrones por la calle.

—¿Quién te dijo eso?

—Pero Gugliermo, no te tenés que preocupar. Llevate el chocolate. Sos un tipo inteligente, lo vas a resolver.

—Tano— dijo Molle, acercándose y enmarcando las cejas —Necesito que me digas ya mismo quién te contó esto. Nadie sabe qué es lo que hago en mi trabajo.

—Ah, pero nosotros sí lo sabemos, Gugliermo— dice uno de los

parroquianos a sus espaldas.

Molle se da vuelta y lo ve.

Sentado, entre los parroquianos de siempre, como si siempre hubiese estado ahí, está Nilo Comodore. Bebiéndose una ginebra con los otros muchachos. Flaco, demacrado y macilento como la llama de una vela cara.

—Habrá que empezar a considerar alternativas increíbles, ¿No cree?

Molle da un paso hacia él cuando se despierta en su cama, de repente.

La luz de la celda vacila un poco y el prisionero se siente solo, aunque bien acompañado. No es la primera vez que está en esta situación y, probablemente, tampoco sea la última. Sabe que la espera es el único momento de tranquilidad que va a tener entre tanto trajín de idas y vueltas. Moquea levemente por la nariz: la flema líquida se escurre en gotas muy, pero muy leves, creando una burbuja salada en la punta de la nariz.

Está cansado, eso es evidente. Ha comido con un hambre atroz las pocas raciones que le han alcanzado mientras los poderes pertinentes deciden qué hacer con él. El médico de la prisión le ha dejado la caja de Decidex sobre el catre para controlar un poco esa alergia galopante que parece irritarle todas las mucosas, y también asentó en su informe que el recluso debería ser examinado completamente en caso de que su condena incluyera prisión por un período más prolongado de tiempo. Es que parece que algo se lo está comiendo vivo, dicen los guardias mientras le sacan la yerba al mate. Tiene un aire a muerte alrededor que es horrible, y la alergia, la gripe, el resfrío por el que sienten que sorbe moco cada dos por tres es apenas la punta de un iceberg horrendo.

Nilo espera. Sabe que el dolor de cabeza va a pasar, y sabe que el investigador va a ir a buscarlo. Tiene que hacerlo. Siempre se la juega de esa forma, en las madrugadas de luna redonda como un desagüe nuevo que se traga el cielo nocturno con voracidad. La noche hace a los hombres más sugestionables. Pucha, la idea de la enfermedad le había venido precisamente en una noche como esa, ¿No?

Se recuesta en el catre y contiene un estornudo. Cierra brevemente los ojos y se mira la mano raquítica que tiembla levemente. Los mocos tejen la telaraña en la palma, pero no pasa nada más. Si los guardas pudieran verlo ahora y no estuvieran durmiendo el turno en los silloncitos de madera lo verían aterrado y sonriente, como un pendejo o un croto.

Molle llega con facturas y lo hace tarde. No quiere que el hijo de puta piense que se apuró o que está inquieto por él. La actitud que mostró el otro día lo molestó sobremanera, dandole a entender que el muy hijo de puta tenía

control sobre sus reacciones y lo leía como a un libro. Como si lo conociera de siempre. Como si no pudiera esconder nada de él. Saludó a los policías de la comisaría por los nombres y los apellidos, dejó la bolsa de facturas en el mostrador y todos se acercaron de a poco. Le convidaron un mate y preguntó por el enfermo de la celda del fondo, si había pedido algo en todo el día, si quería que le llevaran a su abogado o algún otro procedimiento de rutina. Le dijeron que no, que había estado callado todo el día y sin hablar con nada ni nadie. Que comía con mucha hambre. Ese tipo se está muriendo, dijo la Norma, una de las pocas policías mujeres en esa comisaría, la encargada de mantener todo bien mecanografiado. ¿Por qué decís eso, Norma? Preguntó el Pepe mientras se rascaba el bigote.

Porque no piensa en nada, respondió la Norma. Está resignado. Sabe que se va a morir, es más, debe saber hasta cómo se va a morir. Mi hermana es monja y trabaja en el pabellón de enfermos de tuberculosis allá por el campito de Santo Domingo. Cuando ya están en las últimas, los terminales tienen la misma cara que tu tipo, Molle. Cara de muerte, cara de que ya no vale la pena luchar por nada más, ¿Viste? Como tratar de levantar una pared que se te viene cayendo encima. Cuando se te cae demasiadas veces ni te esforzás por volver a levantarla.

Molle se calla y se sonríe mientras los muchachos le dicen que la Norma vino charleta y que el tipo no está muriéndose, que en realidad está así porque mató a tres personas y es demasiado bueno como para que Molle pueda probarlo. Un poco no dice nada porque cree que Norma algo de razón tiene, y otro poco porque el sueño de anoche fue muy lúcido, muy real.

Demasiado real, diría, si le salieran las palabras. Casi que pudo pensar que este tipo estaba en lo del Tano. Y casi que lo pudo ver. No recordaba cómo había llegado a su casa, pero evidentemente había salido y vuelto porque su esposa le agradeció el chocolate ese día a la mañana, durante el desayuno. Él no chupaba ni se encontraba tan cansado como para no acordarse de una ida hasta lo del Tano. ¿Le estaba empezando a pasar factura el trabajo de mierda que tenía?

Agilicemos el trámite, le dijo al guarda, y le señaló con un además de la cabeza que le abra la puerta de la celda. Abajo del brazo tenía la carpeta con los resultados que faltaban de los peritos. Eso también le molestaba bastante: no había forma de incriminarlo. No tenían sus huellas en ningún lado y no había nada con qué hubiese matado a esa gente, ni tampoco nada que lo vinculara con las víctimas. Había pasado buena parte de la mañana hablando con familiares, amigos y compañeros de trabajo de las tres víctimas: nadie conocía a Nilo Comodore, ni tenía registro de alguien con

sus señas que se acercara a ellos, ni ninguna víctima tenía enemigos o gente que les deseara el mal en cualquiera de sus formas. Limpio, por donde puta se viera, limpio.

Guillermo avanzó por el breve pasillo pensando en las alternativas que tenía por delante: o levantaba cargos en contra del pobre diablo que tenía con él y empezaba todo el trajín legal penal (que probablemente decantara en absolverlo por falta de evidencia en su contra, más que su presencia en el lugar equivocado a la hora equivocada) o lo dejaba ir, con la cagada a pedos por parte de su jefe correspondiente a un triple homicidio sin resolver. Vio la figura de Nilo recortarse en la luz mortecina de la celda y entró, mientras el guarda cerraba todo detrás de él. La cabeza del flaco se levantó apenas: tosía profusamente con una tos cargada de mocos.

—¿Está bien?— preguntó Molle. Le salió de adentro, porque el otro no sonaba muy sano.

—Si, si— contestó el otro, con la voz evidentemente tomada —Es sólo esta maldita alergia. Si paso más de un día sin tratarme, me ataca como la peste que es. Y la celda no colabora mucho, que digamos.

—No se preocupe, Comodore, no va a pasar mucho más tiempo aquí dentro— admitió en tono de derrota —Traigo la carpeta y la noticia de que no hay cargos en su contra. Falta que se complete el papeleo que corresponde pero tiene que estar saliendo de acá esta misma noche, capaz que mañana a la mañana si no hay gente para terminarlo hoy.

—Ah, comprendo— Nilo se sonrió apenas —Gracias por venir a darme la noticia personalemente, oficial. Claro que no hacía falta que viniera, pero bueno, agradezco el gesto dadas las condiciones.

Nilo tosió profusamente. Se podía escuchar claramente la flema moviéndose en su pecho como una bola de pelo podrido tapando una manguera.

—¿Qué condiciones?

—Bueno, me trató como su fuese un asesino desde el momento cero porque todo dictaba que así sería, pero luego de que examinó todas las pruebas quedó convencido de que yo no hice nada para dejar sin vida a estas tres personas en esa habitación del hotel. Entonces, su conciencia profesional le dijo que era necesario que viniera a darme la noticia usted mismo para excusarse por haber sido tan rudo y violento conmigo desde el principio. ¿Me equivoco?

Guillermo quedó un poco embotado por lo que escuchaba, aunque apretó instintivamente sus puños. Otra vez esa sensación de estar

escuchando una conversación vieja. Una cagada a pedos de un superior. De estar dos o tres casillas atrás de este tipo. ¿Quién mierda era este tipo?

—Tiene razón en parte. Pero puede decir también que vine por neta curiosidad.— dijo Molle mientras se sentaba, carpeta sobre el regazo, en el banquillo que estaba frente al catre sobre el que descansaba Nilo. —No lo entiendo, Nilo. ¿Puedo decirle Nilo?

—Claro. ¿Qué es lo que no entiende?

—¿Usted simplemente fue a recostarse en el medio de los restos de tres personas muertas en una habitación de un hotel al azar de los que hay en el puerto? ¿No tenía nada mejor que hacer y fue a pasar el rato en la escena de un crimen?

Nilo sonrió desde su lugar, conteniendo la tos.

—¿Recuerda cuando le dije que las explicaciones extraordinarias caben donde las explicaciones ordinarias no son suficientes?

—Claro— sostuvo Molle —¿Por?

—Déjeme retrucarle algo: ¿Cómo explica que haya estado en ese almacén ayer a la noche cuando me encontraba aquí, encerrado?

Molle abrió los ojos enormes y tensó toda la cara. Debió ser muy evidente porque Nilo, en respuesta, suavizó la sonrisa socarrona a una más comprensiva.

—Agrego, ¿Cómo llegaste vos, Guillermo, a tu cama de un momento a otro, sin tener ningún recuerdo de esto?

—¿Cómo mierda podés saber todo eso? — dijo Molle, levantándose de golpe, tirando la carpeta al carajo de zopetón. Tenía la sensación horrible de ser observado, de que este tipo que tenía delante era muchísimo más de lo que revelaban los ojos y que había algo muy, pero muy mal con él y con todo lo que lo rodeaba. Volvía a creer que era el autor material de esos crímenes, volvía a creer que era un monstruo sádico.

Comodore se levantó rápidamente y tomó una de las manos de Molle.

—Hay una forma de demostrárselo — dijo —Pero no le va a gustar mucho.

Y estornudó, rápido y levemente.

Lo primero que notó fue que no había suelo debajo de sus pies. A la sensación de vértigo le siguió el tirón del brazo y el sonido de cloqueo del hombro, que se salía de lugar. Al estímulo de despatarreo natural que espasmeaba su cuerpo, intentando encontrar alguna forma de darle sentido a la gravedad sin tierra bajo los zapatos, se encontró chocando contra una

pared de ladrillos. Cerró los ojos por instinto y lanzó el otro brazo a la mano huesuda que se apretaba fuertemente en su antebrazo.

No se atrevió a mirar para abajo. Era media tarde y caía un sol de bronce como el que había dejado afuera al entrar a buscar a Nilo en la prisión. Estaba colgando de la cornisa de lo que parecía un edificio, con el hombro sacado de lugar por el cimbronazo de tener que soportar todo su peso de repente. Sosteniéndose con una carcajada contenida, haciendo fuerza para no caer al vacío, Nilo Comodore estaba agarrándolo del brazo para no dejarlo caer.

—¿Te através a mirar para abajo ahora, Guillermo?—le gritó, conteniendo la respiración. Los mocos le colgaban visiblemente por las fosas nasales y necesitaba respirar a boca abierta por el esfuerzo.

No atinó a responder. Estaba sobrepasado por todos los pensamientos corriendo al mismo tiempo a su cabeza. Sólo atinó a preguntar, con incipiente pánico en la voz:

—¿Dónde mierda estamos?

Nilo se carcajeó con una risa honesta, sincera, sin maldad. Estaba riéndose sin proteger ningún secreto desde que Molle lo viera por primera vez. Después de calmarse un poco, ahogando la risa entre estertor y estertor, volvió a mirarlo a los ojos y le dijo.

—A donde quieras que estemos, Guille.

Y después empezó a balancearse como si fuese a lanzarse al vacío. Molle interpretó este gesto enseguida y el pánico sorbió su sudor prácticamente al instante.

—¡No!

El grito fue ahogado por la imagen de Nilo lanzándose y el súbito, precipitado bajón-subidón de adrenalina. El vértigo terminó por borronear un estornudo especialmente sonoro de Nilo, que lo empapó parcialmente en moco.

Se sorprendió cuando chocó de costado contra el piso arenoso del lugar. Hubiese jurado que estaba mucho más alto que eso, en la cima de uno de los edificios más altos de la ciudad, pero no era así. Soltó la mano que lo sostenía y se palpó entero para ver que no estuviera herido de ninguna forma. Se quedó pasmado al comprobar que, efectivamente, no le había pasado nada, excepto que se estaba llenando de arena y que tenía el antebrazo derecho y gran parte del pecho lleno del moco transparente de la alergia de Comodore. La risa flemática y amortiguada del otro le llegó muy cerca.

Estaba en un lugar lleno de arena. Tardó en asimilar el concepto, y se quedó sentado, mirando a su alrededor. No había más que arena y arena en una extensión increíblemente gigantesca. Y el sol estaba en una posición extraña, además.

—Estamos muy lejos de casa, si eso es lo que se está preguntando.— dijo Nilo, mientras se sentaba y se secaba los mocos con la manga del traje gastado.

—¿Qué…? —empezó a decir, pero quedó completamente quieto al oir el ruido del viento. Estaba en un desierto inconmensurable hasta donde abarcara la vista, con dunas de arena finísima y de color amarillento que se desplazaban apenas con el rugir de la brisa.

—Estamos en el desierto Mongol, a miles de kilómetros de la ciudad. Lo traje aquí porque es una forma simple de poder explicarle un par de cosas, Guillermo. Perdone…

Estornudó sonoramente y un latigazo de moco pintó un arco en el aire. Pero, a la vez que estornudaba, Nilo se movió lejos, de una forma imposible de describir. “Se movió” era el modo en que podría contárselo a alguien. En realidad, entre el estornudo y el pestañeo de sus ojos Nilo se había alejado tanto que ahora tenía el tamaño de un termo en el horizonte.

Guillermo escuchó otro estornudo sonoro y Nilo se acercó muchísimo, de repente, sin previo aviso. Apareció a pocos centímetros de él, sentado, de la misma forma, y sosteniéndose la nariz colorada e irritada. Lloraba por los ojos y los surcos de las lágrimas labraban pequeños senderos en la cara llena de harina y tierra.

—Quizás no fue el mejor lugar para traerte, pero creo que a estas cosas es mejor mostrarlas que explicarlas.

Molle se quedó mirándolo, asimilando lo que acababa de pasar. No tenía seguridad de si estaba soñando o si terminaba de pensar en que, realmente, estaba en un desierto con el hombro sacado al lado del asesino de tres personas.

—Te explico lo que sé — dijo Nilo —Y capaz que pueda servirte. Hace muchos, muchos años atrás, yo fui un ingeniero egresado de la universidad nacional. Como muchos otros compañeros, empecé a trabajar en diferentes dependencias públicas y privadas para ganarme la vida. En esos viajes conocí a Baigorrí que, entre otras personas que fueron sumándose luego, inventaban las herramientas que necesitaban para los trabajos que les demandaban.

Guillermo lo miraba sin escucharlo. La voz llena de moco y resfrío

cubría todo de un velo alérgico que hacía el relato poco creíble.

—Yo me preocupé por encontrar una herramienta definitiva. Estaba cansado de tener que adaptarlas dependiendo de las necesidades de cada caso. ¿Acaso no era más práctico tener algo que pudiera cumplir la función de muchas a la vez?

—¿De qué mierda me está hablando? — dijo en voz alta Molle — ¿Dónde mierda estamos? ¿Cómo mierda es posible que estemos acá?

—Cálmese— dijo el otro, acercando una mano que el otro rechazó instintivamente —Es la forma en la que tiene que ser. De a poco va a empezar a entender. Déjeme contar lo que necesita saber o, de otra forma, no sobrevivirá al desierto.

El pánico a lo desconocido de Molle terminó por ordenar las prioridades: sobrevivir se convirtió en una de ellas, la primera. Prefería correr el riesgo de comportarse como un imbécil en un sueño o de poder contar esa historia en el mundo real.

—Como le decía, quería encontrar la herramienta final. Y no la encontré, pero encontré algo parecido. — dijo, sonándose los mocos sonoramente en la otra manga —Verá, ya otros habían intentado encontrarlo hacía mucho tiempo. Los indios, los hindúes, los europeos del renacimiento y de la magna grecia, todos habían buscado la perfección de algo que yo quería y logré encontrar: la herramienta perfecta. Y la herramienta perfecta era lo que comunmente la gente llama magia, pero eso es la forma de la mente ignorante de designar un conocimiento muy refinado para entrar en funcionamiento de forma simple.

Molle continuaba escuchando, atónito y pensando en que realmente tenía que ser un sueño.

—El problema es que subestimé la herramienta — dijo Nilo, sonriéndose —O me sobreestimé a mí mismo, no lo sé. El problema es que la herramienta es algo totalmente abstracto, Molle. Es algo que no puede ser explicado más que desde la teoría y el cálculo. Los pitagóricos tenían fórmulas excelentes para calcular la contingencia en estos casos, pero nosotros perdimos mucho de ese conocimiento. También los matemáticos árabes podían cercar eso, desde lo abstracto, y bajarlo con motivos específicos. Pero no nosotros. No yo. No teníamos la forma de calcularlo más que haciéndolo nosotros mismos…

Nilo tosió profusamente, escupiendo a un lado una flema verdosa nada amable.

—Imaginate esto: vos necesitas clavar tablas de madera para terminar

de arma una silla. Necesitás una herramienta para eso. Entonces imaginás la idea del martillo. La definís, la probás y proyectás su rendimiento y la forma en la que se puede aplicar. Entonces, después de delimitarla, la construís. Fabricás el martillo, que toma cuerpo en lo concreto, y con él vos hacés todo lo que necesitás. Ésto parecía igual: tenía acceso al conocimiento, podía delimitarlo y rodearlo de conceptos abstractos, pero fabricarlo era un verdadero desafío…

—No termino de entender. ¿Qué es lo que fabricó?— gritó Molle, entre shockeado y calado hasta los huesos del viento del desierto.

—Pedí muchos campos de contención a los laboratorios eslavos de corriente eléctrica, porque pensé que la inducción podía servirme para bajarlo de una forma… digamos, *amable*.— Nilo miró a Guillermo a los ojos y se dio cuenta que el policía no comprendía —No voy a aburrirlo con detalles, Molle. Sólo tiene que saber que me costó mucho trabajo montar todo un laboratorio con el fin específico de crear la herramienta definitivo.

—¿Qué diablos es esta herramienta definitiva?

Nilo tosió apagadamente unos momentos antes de responder.

—Imagínese que usted tenga una herramienta que le sirva para cualquier necesidad que tenga. Una herramienta con la que pueda encender un fuego o una lamparita eléctrica, clavar tablas, descorchar un vino, levantar setenta kilos de tierra de una vez, cavar un pozo perfectamente rectangular, llegar hasta París en un parpadeo, aprender un libro con sólo tocarlo…

—¡Pero eso es imposible!— dijo Molle sin poder contenerse.

—Algo de razón tiene— dijo Nilo, sonriéndose con la sonrisa del derrotado. —Cuando mi laboratorio cumplió su motivo, pensé que había fracasado. No había evidencia física de que hubiese logrado éxito alguno, Molle. Imagínese: fueron años de mi vida, muchísimos años. Necesitaba un lugar donde estrellar mi fracaso después de años de errores. Llegué a pensar que era todo una ilusión, que lo había soñado todo y que no existía nada de esto. Que había perseguido fantasmas todo el tiempo.

—Creáme que lo entiendo— dijo Molle, sobrecogido por un escalofrío —¿Qué pasó entonces?

—Después del último intento fallido, decidí desmontar el laboratorio. Entonces caí enfermo y estuve en cama durante semanas. Delirando y sin nadie que me ayudara o me diera atenciones, pensé en que había tenido sentido, que en realidad había corporizado una herramienta tan buena que lo único imperfecto era yo, y que por eso me estaba enfermando en este

mundo perfecto. — Nilo se sonrió ligeramente, tosiendo al costado —Y no me había equivocado tanto.

—¿A qué se refiere?

—Imagínese un mundo sin necesidades, Molle. Un mundo donde pelear una guerra es inútil porque todos los orígenes pueden ser solucionados. Un mundo sin hambruna. Un mundo sin enfermedades. Un mundo donde no hay que preocuparse en cosechar en una estación porque podés tener alimento en cualquier estación. Ése era el mundo de la herramienta perfecta, de la solución definitiva, Molle. Ese era el mundo que había descubierto.

—Entonces, ¿Sí había tenido éxito? —Molle no sólo comenzaba a marearse, sino también a sentirse confundido. Tosió un poco —Pensé que había fracasado.

—Ambas cosas, Molle. Verá, la concreción de la herramienta no era algo evidente a primera vista. La solución final no tenía que ver con crear algo, sino con cambiarse a sí mismo. Y esta puta alergia tiene que ver con todo eso, Molle.

Guillermo no terminaba de atar los cabos, por más que su mente especulaba a una velocidad increíble.

—¿La enfermedad era la herramienta?

Nilo se sonrió al principio, para luego empezar a reirse abiertamente. Molle ya no estaba asustado, sino que sentía un aplomo sereno, mezcla de curiosidad y sinceridad.

—Exacto, Molle. La puta herramienta era un microorganismo. — dijo, y tosió horriblemente —Hasta donde mis pobres conocimientos de biología me lo han permitido, entiendo que su propósito es poder hacer de todo, pero aquí se presenta mi problema: no puedo interactuar con ella.

Nilo se veía realmente cansado e irritado.

—Lo único que puedo hacer es transportarme a ciertas distancias con los estornudos, cuando dejo que la alergia sea lo suficientemente poderosa — dijo con un tono de derrota —Es horrible, ¿No lo cree? Tengo a la solución a todos los problemas en mi cuerpo, viviendo de mí y alimentándose de todo lo que tengo dentro. Tengo una mente privilegiada y bastante conocimiento a mi favor… pero, a pesar de todo esto, sólo puedo moverme de un punto a otro en el espacio. Es el colmo de todo lo posible.

—Tiene razón, es una derrota horrible. — dijo Guillermo, mirándolo entornadamente —Entonces, ¿Usted sí mató a esas personas en el hotel?

—Sí. Tiene algo que ver con el espacio en el que aparezco. Si hay algo ocupándolo, la materia se reorganiza de una forma extraña. Los seres humanos rara vez permanecen vivos si me les transporto encima.

—Comprendo. Pero, ¿Por qué los mató?

Nilo se le acercó caminando, tapándose la nariz para guarecerse de la arena.

—Para llegar a usted, estúpido. Necesito mentes brillantes que interactúen con la herramienta. ¿O piensa que porque yo soy un inútil usándola, la solución definitiva no es genial?

Molle comprendió todo demasiado tarde, cuando Nilo ya se abalanzaba sobre él, con los mocos tendiendo.

—A ver, asegurémonos de que se pesca este resfrío, ¿Si?

Moliere apagó el cigarrillo en el cenicero del mostrador del precinto. Le molestaba sobremanera que corriera esa normativa de no fumar dentro del espacio de los reclusos, pero la precaución se entendía perfectamente desde que, hacía menos de un mes atrás, dos piromaníacos hubiesen intentado escapar quemando los jergones con colillas de tabaco mal apagadas.

En todos sus años de detective, Moliere jamás había visto algo como ese caso que le habían dejado sobre su escritorio hacía un par de días: dos linyeras que dormían arrebujados en el invierno habían aparecido destazados como si hubiesen pasado por un matadero, y entre sus restos había un hombre durmiendo. Hasta donde decía el informe, era argentino y hablaba un español alunfardado bastante molesto de interpretar (culpa de los inmigrantes, siempre). A Moliere le molestaba especialmente que la gente como este hijo de puta pensara que, porque los crotos vivían en la calle, no le importaban a nadie y por lo tanto, nadie los notaría de menos. Le daba por las bolas que un tipo con tan poco escrúpulo estuviera en su prisión.

Se acercó, a cara de perro, y se sentó delante de él. El tipo era una piltrafa: moqueante, como si estuviera engripado, y con cicatrices en la cara y los brazos como si hubiese perdido la pelea contra un mastín. La barba crecida decía que hacía mucho que no se veía al espejo o visitaba al barbero. ¿Sería un pobre loco que vivía en la calle o alguien que aparentaba serlo para escaparse de un crimen horrible?

A Moliere no le preocupaban esos detalles. Era brillante y necesitaba poner a este tipo bajo las rejas, por lo que lo haría. Carraspeando un poco antes de empezar a hablar, mientras el sabandija lo miraba con ojos vidriosos, dijo en un español entrecortado:

—A ver, empiece a hablar.

Nicolás Viglietti es escritor y editor de un pequeño sello, Contamusa, desde su base actual en Córdoba. Actualmente estudia en el Profesorado de Antropología del Instituto de Culturas Aborígenes y se encuentra preparando producciones para autoeditar el año que viene. Ha publicado Anarkiskovich (Dead Pop, 2013), Heatlands 1 y 2 (Mitomante y Contamusa, 2014 y 2015), Family Curse 1 y 2 (Mitomante y Contamusa, 2016 y 2018), Niño Negro (Contamusa, 2014) y ha participado en antologías de relato fantástico, de terror y ciencia ficción, como Revista Próxima (Ediciones Ayarmanot), Periódico Rampante (Eduvim) y Antología HOY de Historieta Contemporánea (Zinerama, 2019)

Manifestación de consciencia

Marco Enrique D'Angelo

ARGENTINA

Ya no percibí dolor físico alguno pero mi estado era profundamente doloroso, una especie de extrañamiento que me denotaba diferente de lo que había sido. No entendía que estaba pasándome hasta que vi mi cuerpo, abatido, inerte, ajeno. En ese momento mi conciencia comprendió que había muerto biológicamente, tal como las evidencias lo demostraban. Estaba muerto pero seguía con vida. Pero: ¿Qué es, entonces, la vida?

Abandoné el lugar, seguí adelante, ya no era ese que yacía con una herida abierta al costado de un callejón de Buenos Aires, en un recodo obscuro sobre la basura fresca. Ahora debía comprender por qué seguía consciente de mi mismo, porqué no había dejado de existir en ese acto que recordaba de manera confusa. Había que investigar mi muerte, pensé, pero también, tenía, debía, investigar la muerte. Me quedé con la segunda opción que me pareció más interesante.



Ilustración: Pedro Bel

¿Qué significaba morir? Todo hombre de ciencia se refugia en la razón lógica como la vara que lo mide todo. Yo era un hombre de ciencia, por lo tanto depositaba ciegamente mi confianza en la razón. Si había vida después de la muerte, había que determinar sus causas y el estado existencial de la misma. En primer lugar necesitaba indagar esta realidad desconocida más allá del umbral biológico de la existencia. Para eso debía determinar, a partir de la observación y la experimentación, las categorías que estaban al alcance de mi inexplorada capacidad sensorial, clasificarlas; en lo posible, medirlas y compararlas con mi experiencia biológica previa.

Podía ver. Y la experiencia era bastante similar a la de mi entidad biológica. Entonces ¿Qué es la visión? Recordé las lecciones de la profesora Matilde en el Colegio Nacional, donde trataba de convencernos de que la visión ocular se produce cuando los fotones son enfocados por la cornea hacia un órgano fotosensible llamado retina, que transforma esas partículas en impulsos nerviosos. Remataba diciendo que el cerebro utiliza aquellos datos para recrear una imagen en movimiento, como por ejemplo la hoja del examen parcial al acercarse. Más adelante leí que, en el proceso, los fotones se destruyen cuando se produce una transferencia de información.

La interacción posbiológica, en cambio, no producía la alteración de la posición ni del momento lineal de los fotones que observaba, ya que la luz me atravesaba, inalterada, como si mi ser fuese virtual, violando el principio de incertidumbre de la física cuántica. Lo comprobé una y otra vez; era un hombre sin sombra. Por lo tanto concluí que mi nueva existencia estaba compuesta por una forma de materia o energía exótica, que interactuaba de manera diferente con la luz, obteniendo información de ella sin alterarla. Este descubrimiento sorprendente tendría el potencial de sacudir los cimientos de física de partículas, si pudiese averiguar cómo interactuar con el mundo físico.

De estas observaciones desprendí la primera ley de mi teoría sobre la posexistencia. *Las interacciones fotónicas con el otro mundo se producen en un único sentido*. Lo que me llevó a pensar en un segundo principio: *la interacción con el mundo físico alteraría las leyes fundamentales de la física, por tanto son improbables, no imposibles*. He aquí la cuestión.

Aquel desenlace me impulsó a seguir investigando en esa línea, hacia la búsqueda de un modo posible, aunque improbable, de interacción con la realidad física. El problema era la soledad de mi existencia en este plano desconocido de la realidad, que me impedía interaccionar con otra cosa. Solo podía conocer sin causar consecuencias en el otro universo. Por otro lado estaba solo, no había otro ente constituido de lo mismo que yo. O quizás sí, pero no podía verlo porque, al igual que mi entidad, no interactuaba con los fotones. Para sacarme la duda me trasladé hasta el Hospicio del San Pantaleón, visitado con frecuencia por la parca, a experimentar la expiración de alguien, no importa quién y, de este modo, comprobar si estaba en lo cierto.

Allí estaba, agonizante, don Luís, don nadie. Sin familiares ni amigos esperando en la puerta. La enfermera, acostumbrada a lidiar con la muerte ajena, revisaba con indiferencia los signos vitales mientras, con la cabeza, negaba una noche más para ese desdichado. Esperé largo rato el ansiado

último estertor. En mi anterior vida vi morir a mucha gente; allegados, incluso amigos. Era muy joven cuando pusieron un fusil en mis manos y me ordenaron quitarles la vida a otros jóvenes venidos de Gran Bretaña, en un frío páramo perdido al medio del Atlántico. Andarán deambulando como yo, haciéndose las mismas preguntas, sospechando que nunca encontrarán las respuestas. Don Luís suspiró por última vez y se despidió de ese mundo que ahora resultaba tan ajeno. Luego, se levantó, confundido y más joven. ¡Podía verlo! pero él no podía verme. Lo acompañé en su estupor, hasta la puerta del hospicio. Allí miró al sol, como sintiendo su cobijo, y luego sonrió, más vivo que nunca.

Había un orden, un sistema en todo esto, cuyo componente inalterable era el tiempo. Así despedí a Rosa y Doña Vicenta para darles la bienvenida a mi mundo. Se quedaron en el parque, revoloteando. Rosa trataba de hablar con Vicenta y Don Luís con ambas. No había soledad más sola que aquella de la que era testigo y víctima.

No había mucho lugar para la melancolía en mi mente científica, así que abandoné a esos tres extraños conocidos. Necesitaba experimentar con otras manifestaciones físicas que me condujeran a datos concluyentes y, por qué no, a una ansiada interacción. Realicé un desplazamiento hasta el museo de ciencias de la Recoleta; que mejor lugar para cumplir con mi propósito. Cuando atravesaba las paredes de cualquier edificio todo se oscurecía por unos instantes pero pude, en algún momento, percibir algunos destellos azules. Repetí la operación inductivamente y comprobé que el origen de esos centelleos eran las líneas eléctricas embutidas en medio de los muros. Se me ocurrió, por ello, experimentar con la electricidad. Los electrones abrieron un nuevo campo para mi investigación.

La jaula de Faraday del museo era el laboratorio perfecto. Solo había que esperar a que la accionen. Pasó el tiempo, sin nada que hacer más que esperar. Veía todos esos estantes llenos de libros con el conocimiento del mundo, de aquel mundo cada vez más ajeno, más mezquino. Deseaba con todas mis fuerzas poder simplemente hojearlos descuidadamente, para rememorar lo que alguna vez ya leí; porque fui un lector desenfrenado que devoraba, página tras página, volúmenes enteros de la biblioteca nacional. Mis ojos ya no parecían desgastados, como antes, los signos de la miopía habían desaparecido con la muerte y el renacimiento pero, paradójicamente, moría de ganas por leer cualquiera de esos inaccesibles volúmenes y no podía.

El sereno del museo era un viejo parco que llegaba a las diez de la noche y cumplía a rajatabla con su rutina. Para matar el aburrimiento, lo acompañaba en su recorrido por las salas y galerías de ese enorme edificio

lleno de juegos destinados a las mentes curiosas que, los fines de semana, inundaban el recinto para vivir una experiencia científica en primera persona. Había juegos de física, salas de experimentación ambientadas para brindar el maravilloso espectáculo de la ciencia en movimiento. Al final del recorrido, él chequeaba, refunfuñando, que todo quede en orden en el subsuelo donde se encontraba la jaula. Estaba inhabilitada, esperando que la comisión directiva autorizase la compra de una bobina Tesla para reemplazar la que se había quemado. Sin bobina, no habría electrones. Sin electrones no se podía realizar experimento alguno.

Una vez a la semana, la comisión directiva se reunía para discutir el presupuesto. Yo no me perdí ni una de esas exposiciones extensas y aburridísimas, pero el pedido de la bobina siempre estaba debajo de la pila de papeles saturado con demandas más triviales y urgentes como la reparación de las tuberías de los baños o la pintura del hall central. Pasaban los días, las semanas. Me fui convirtiendo en el fantasma del museo.

Una noche, a las diez en punto, apareció un muchacho joven, vestido con indumentaria de seguridad. Por los rumores que oí, parecía que el viejo sereno se había jubilado. ¡Ya era hora!

Esperé por el nobel guardia, para acompañarlo en su recorrido rutinario, pero aquello no sucedió. Se instaló en la biblioteca del museo, tomó un ejemplar y se sentó en un diván, bajo la luz de un velador, para leer. Me posé a su lado y lo acompañé con la lectura, oportuna, de “El monte de las ánimas” de Bécquer.

> *A ser otro día, no dejara yo de concluir con ese rebaño de lobos que las nieves del Moncayo han arrojado de sus madrigueras, pero hoy es imposible. Dentro de poco sonará la oración de los Templarios, y las ánimas de los difuntos comenzarán a tañer su campana en la capilla del monte.*

¡Ay! Si pudiere tañer campana cualquiera. Mucho envidié a esas templarias ánimas capaces de interactuar con el otro mundo. En ese momento comprendí que ante mí se abría, como por llave maestra, el conocimiento del universo anterior. Solo debía hallar al lector apropiado en el momento justo. Tiempo, sobraba. Tenía la eternidad para hacerlo o, acaso, ¿Existe la muerte después de la muerte? No quise detenerme, en ese momento, a examinar tal pregunta. Sencillamente acepté la eternidad como destino.

Alejado de las ciencias, ese joven tan particular gustaba de la poesía obscura y las novelas de ficción. Me inmiscuí en un universo paralelo y

desconocido acompañando a Marcelo, el sereno, en sus lecturas, mientras esperaba que acondicionen “la jaula” para mi experimento. Neruda me preguntó: *¿Sufre más el que espera siempre que aquél que nunca esperó a nadie?* Trate de responder. No pude. O nunca supe esperar. Lloré lágrimas secas sumergiéndome junto a Alfonsina:

Quisiera esta tarde divina de octubre
pasear por la orilla lejana del mar;
que la arena de oro, y las aguas verdes,
y los cielos puros me vieran pasar.

Viví, por momentos, nuevamente, como ese corcel moribundo que visionó poéticamente Silvina Ocampo:

No digas que no es cierto: nos miraba.
Con la atónita piedra de sus ojos,
bajo los astros rojos,
nos vio como los dioses que esperaba.

Cada noche era una aventura diferente. Marcelo, el timonel. Yo, el náufrago. Viajé hacia cavernas imposibles, islas remotas y orbes desconocidos. Construí un mundo nuevo y vi como se destruía el propio. Exploré galaxias y el universo escondido dentro de uno mismo. Descubrí que la imaginación no muere con la muerte.

Llegó el ansiado día. La nueva bobina estaba lista. Yo no. Hubiera querido que no termine nunca ese viaje interior al que, sin saberlo, Marcelo me había invitado. El operador accionó el interruptor y la sala se encendió ante la atónita mirada de los jóvenes apostados dentro de la jaula, al abrigo de los relámpagos fulminantes. Confieso que sentía miedo al ver esos arcos azules, violáceos; vibrantes y poderosos, producidos por el choque violento de los haces de electrones contra las moléculas de aire. Había que hacerlo; total tenía poco que perder. Me zambullí en la sala en busca de dar de lleno con esos relámpagos esquivos. La primera centella que me atravesó no produjo efecto alguno, siguió de largo como si nada se hubiera interpuesto en su trayectoria. Así pasó con la segunda, la tercera. No hubo resultados.

Entonces se me ocurrió algo. Posé mi entidad en la jaula, traspasándola. Esperé que algún rayo impacte de lleno en el sector que ocupaba. Contra toda probabilidad, eso no sucedió. Estuve largo rato insistiendo pero las chispas golpeaban todo el resto de la celda, casi dibujando mi silueta. De algún modo desconocido, podía condicionar la trayectoria y destino de esos haces eléctricos; algo improbable, pero no imposible en el mundo físico, de tal modo que no violaba la segunda ley. Había descubierto una manera, aunque difusa, de interaccionar con la realidad material. Solo que nadie más se percataría, puesto que el público infantil se renovaba constantemente. Si solo alguien lo suficientemente inteligente detectase este fenómeno, podría construir una especie de Ouija de Faraday y dialogar conmigo.

Tesla fue íntimo amigo de Mark Twain, aseveraba el texto de turno que con Marcelo compartía. El humorista norteamericano pasaba horas en el laboratorio del genio serbocroata, disfrutando del espectáculo de la magia que Nicola llamaba ciencia. En una fotografía se observaba el fantasma de Tesla detrás de Mark, mientras éste sostenía una esfera luminosa, dentro de una jaula de faraday. Pronto Twain habría de partir aunque Tesla nunca lo despidiera, ya que sostuvo, siempre, conversaciones privadas con el difunto. Por supuesto, pensé, la clave era la jaula que permitía unir ambos mundos. ¡Tesla y Mark Twain conversaban en una jaula de faraday!

Pasé más de un año en el Museo de la Recoleta, apropiándome de sus alhóndigas, penetrando la mampostería sin tocarla. Con la muerte había perdido la percepción del tacto y me sentía inmaterial. Lo mismo había sucedido con el gusto, el olfato, la termorrecepción y el dolor físico. En cambio tenía cierta consciencia sinestésica asociada al equilibrio y un agudo sentido del oído.

Desde el punto de vista de la física ondulatoria, el sonido, al igual que la luz, está compuesto por ondas. La gravitación, que se asocia al equilibrio, si consideramos la comprobación de la teoría de las ondas gravitacionales, también tiene un comportamiento ondulatorio. Por todo ello, pensé que esta conexión solo podría ser posible si había un enlace entre la naturaleza ondulatoria del mundo físico y las propiedades de mi entidad. Una existencia ondular; era una idea tentadora, tan atractiva como las ondas gravitacionales; pero físicamente inconsistente. Me pregunté ¿Si cualquier movimiento ondulante representa manifestaciones energéticas, significaría que estaba compuesto de energía en estado puro? ¿Qué sería, entonces, la energía?

Ostwald, el químico estudioso de las ciencias duras, lo dijo hace algún

tiempo. La energía es lo auténticamente real. Ostwald, el filósofo, se empecinó por demostrarlo desde el abstracto mundo de las ideas puras. Los energetistas morirían de envidia si supieran lo que sabía gracias a mi condición. Representaría el final del materialismo, el fin de la historia. O su consolidación.

Imaginé, por un momento, las consecuencias de esta verdad científica en el mundo material. Que todos sepan que la consciencia es ondulatoria, un estado energético puro con la potencia de liberarse de su continente: el cuerpo. Una existencia superior, trascendental, eterna. Sin embargo estaba atrapado entre los grises muros de un museo metropolitano, esperando que alguien se percate de que estoy aquí, porque no existe en el mundo material una soledad tan sola como la mía. Si así era mi existencia sola, ¿La existencia de Dios será tan solitaria, tan sinsentido?

Para borrar la melancolía busqué al joven sereno del turno noche para acompañarlo en su lectura y compartir, aunque no sepa, un poco de desesperanzador aburrimiento. Estaba hojeando las páginas de un libro que nunca había conocido ni de oídas, a pesar de mi oficio como lector. Había en su interior muchas historias, entre ellas una muy particular, parecía mucho a la mía. Leímos con sutil fascinación cada línea de ese relato que empezaba así: *Ya no percibí dolor físico alguno pero mi estado era profundamente doloroso…*

Cuando el sereno iba por la parte de la jaula, arrojó el libro sobre el escritorio. Yo me quedé atónito. Abandonó a las corridas la sala con su linterna en la mano y se dirigió al laboratorio de alta tensión. Encendió las luces e intentó descifrar el tablero numérico. Luego activó su celular y googleó, hasta encontrar una explicación coherente sobre como operar con la Jaula de Faraday.

Desde los controles, dio ignición a la bobina de Tesla y la sala, toda, se iluminó con destellos fucsias y azulados. Los rayos se comportaban con serenidad, como nunca antes. Yo hice mi parte del libreto. Acaso ¿No era mi principal anhelo comunicarme con el mundo material? ¿Cuántos descubrimientos sorprendentes a punto de revelarse? Imaginaba como cambiaría al mundo.

Me coloqué justo en frente de la cabina de control que, consideré, era el lugar más expuesto desde la perspectiva del sereno. Las chispas fluyeron, esquivando mi silueta, y el guardia pudo imaginar una suerte de sombra, tal como se describía en la historia que acabábamos de leer. Se lo veía alborotado, quizás fascinado. Luego de un instante, cortó la corriente y se retiró de la sala. No lo seguí porque lo supe, *ya volverá*.

Volvió. Esta vez trajo consigo unas hojas A4 que, seguramente, le sustrajo a la impresora de la oficina donde se reunía el consejo directivo. Remarcó, una por una, las carillas y las colocó formando un círculo alrededor de la jaula. Estaba el alfabeto completo con la N y la Y colocadas en un apartado para simplificar el diálogo. Ingresó a la cabina y encendió la bobina. Fue un completo desastre. Las hojas ardieron percutidas por las intensas descargas eléctricas. Pensó, se fue y volvió con otro taco de hojas. Me pregunté *¿No era más fácil marcar el suelo con una tiza o un trozo de ladrillo?* Esta vez colocó el alfabeto en el interior de la jaula, resguardado de los violentos chispazos eléctricos.



Ilustración: Pedro Bel

Marcelo me invocó, casi gritando, para saber si lo escuchaba. Respondí *Y*. Tardó un rato en leerme y luego, asintió. Me preguntó si era una persona que había fallecido. Ratifiqué su pregunta. A continuación consultó si había muerto en el museo. Contesté que no. El lenguaje de las chispas era algo lento, pero ambos sabíamos que teníamos toda la noche y las noches siguientes para conversar.

Cuando preguntó *¿cómo había muerto?* tuve que pensar la manera más sintética de describirlo. *A-S-E-S-I-N-A-D-O*. La muerte, para entonces, me resultaba un hecho ajeno y distante, pero el joven insistía con el asunto. *¿Cómo? A C-U-C-H-I-L-L-O*. *¿Dónde? L-E-V-A-L-L-E C-U-A-R-E-N-T-A*. El sereno parecía horrorizado. Su rostro tenía una sombría expresión de espanto. Hizo algo en el tablero y se apagó inmediatamente la corriente. A las apuradas, limpió la sala y se fue, no solo del laboratorio, sino también del museo.

Yo no comprendía todavía lo que estaba sucediendo. Intenté seguirlo pero se había ido de prisa y perdí sus pasos. Volví a la biblioteca y allí estaba el libro, posado sobre el viejo escritorio, abierto en su página final. Estaba escrito en las últimas líneas de aquella historia: *"El sereno, que temió ser descubierto, averió el tablero y huyó, porque sabía que había sido su asesino. El laboratorio de alta tensión quedó nuevamente*

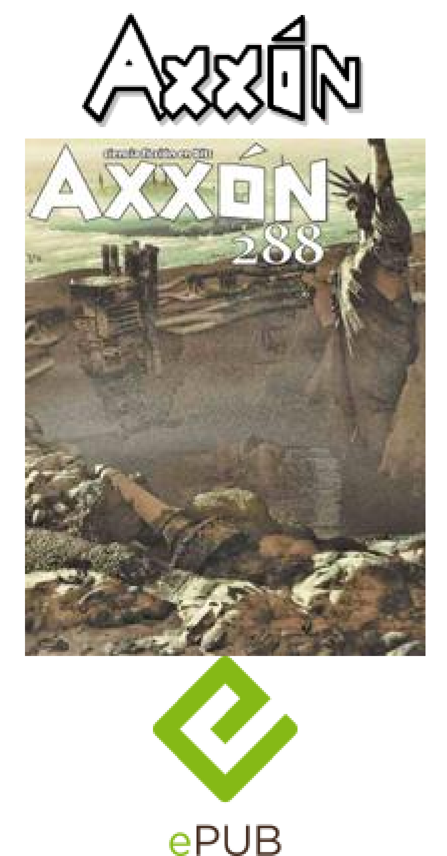
inhabilitado. Del fantasma solo se sabe que quedó atrapado para siempre en el museo”.

Marco E. D’Angelo nació en Santa María de Punilla, Provincia de Córdoba, República Argentina. Es profesor de Geografía y escribe desde niño, fundamentalmente ciencia ficción y fantasía.

Equipo

Axxón

Equipo de redacción: Carlos Eugenio Belisle, Pablo Contursi, Gustavo Courault, Carlos E. Ferro, Néstor Darío Figueiras, Marcelo Huerta San Martín, Ricardo Manzanaro, Andrés Nieto Bugallo, Pablo Vigliano



Encuéntrenos en:

- Axxón:
  - Sitio principal: http://axxon.com.ar
  - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
  - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
  - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
  - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
  - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
  - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**